

E. T. A Hoffmann

EL PUCHERO DE ORO

Original:

Der Goldne Topf



1814

La traducción del alemán ha sido hecha por C. Gallardo de Mesa.

[Ernesto Teodoro Amadeo Hoffmann](#) es uno de los más celebrados y famosos cuentistas de Alemania. Su nombre va unido a la evocación de un mundo riquísimo de fantasías extraordinarias, donde lo cómico, lo trágico, lo sublime, lo ridículo se mezclan en asombrosa danza que conmueve el espíritu hasta su medula. Los CUENTOS de Hoffmann han sido traducidos a todos los idiomas, y su celebridad es tanta que pocos escritores alemanes pueden parangonarse en extensión y difusión con este ilustre narrador.

Ebook: <http://originalbook.ru>

El puchero de oro. E. T. A Hoffmann

PRIMERA VELADALA.

DESGRACIA DEL ESTUDIANTE ANSELMO.—DE LA PIPA DEL PASANTE PAULMANN Y LAS SERPIENTES VERDES

El día de la Ascensión, a las tres, penetraba un joven en la ciudad de Dresde por la Puerta Negra, metiéndose, sin advertirlo, en un cesto de manzanas y de bollos que vendía una vieja, de modo que toda la mercancía salió rodando y los chiquillos de la calle se apresuraron a apoderarse del botín que tan generosamente les proporcionan aquel señor. Ante el griterío que armó la vieja abandonaron las comadres sus puestos de bollos y aguardiente, rodearon al joven y lo llenaron de soeces insultos; tanto, que el infeliz, mudo de vergüenza y de susto, sólo pensó en entregar su no muy bien provisto bolsillo a la vieja, que lo cogió ávidamente, haciéndote desaparecer. Entonces abrióse el círculo; pero cuando el joven salió huyendo, la vieja le gritó: “corre . . ., hijo de Satanás, que pronto te verás preso entre cristales!...» La voz chillona y agria de la mujer tenía algo de horrible; los paseantes quedaron parados en silencio y la risa de todos desapareció. El estudiante Anselmo —que éste era nuestro joven— sintióse, aunque no comprendía el sentido de las palabras de la vieja, sobrecogido por un involuntario estremecimiento, y apresuró más y más el paso para escapar a la curiosidad de las gentes. Conforme se abría camino entre la multitud oía murmurar: “muchacho!... ¡La maldita vieja...!

Las enigmáticas palabras de la vieja dieron a la risible aventura un sentido extrañamente trágico, y todo el mundo se fijó en el hasta aquel momento desconocido joven. Las doncellas comentaban su rostro simpático, cuya expresión realzaba el rubor de la irritación interior, y la estatura extraordinaria del individuo, desgalichado y vestido con descuido. Su levita gris estaba tan mal cortada como si el sastre que la hiciera no tuviese ni la más remota idea de la moda moderna, y sus pantalones, de satén negro, dábanle cierto estilo magistral, del que no eran parte a librar le su prestancia y apostura. Cuando el estudiante hubo llegado al extremo de la avenida que conduce a los baños de Linke¹ casi le faltaba el resuello. Necesitaba acortar el paso; pero apenas levantaba la vista del suelo veía los bollos y las manzanas, y las miradas amables de las muchachas que encontraba parecíanle el reflejo de las risas de la Puerta Negra. Llegó a la puerta de los Baños; una fila de caballeros bien vestidos penetraba

¹ Los baños de Link., en la orilla derecha del Elba, son muy visitados hoy por sus Jardines; pero en los comienzos del siglo era uno de los sitios más frecuentados por los habitantes de Dresde.

en ellos Oíanse en el interior los ecos de una música de viento y el bullicio de la multitud hacíase cada vez mayor. Las lágrimas acudieron a los ojos del pobre estudiante Anselmo, pues además de que la Ascensión siempre fue para él una fiesta de familia, hubiera deseado penetrar en el paraíso de Linke para tomar una taza de café con ron y una botella de cerveza, y aun le habría sobrado dinero. Pero el maldito tropezón con el cesto de manzanas costóle todo lo que llevaba consigo. No había que pensar en el café, ni en la cerveza, ni en la música, ni en la contemplación de las muchachas bonitas. . . Pasó de largo por la puerta de los Baños, y por fin fue a refugiarse en el paseo a orillas del Elba, que estaba solitario. Bajo un saúco que sobresalía de una tapia halló una sombra amable; sentóse tranquilamente sacó una pipa que le regalara su amigo el pasante Paulmann. Ante su vista jugueteaban las ondas doradas del Elba, detrás de las cuales levantábanse las torres esbeltas de Dresde en el fondo polvoriento del cielo, que cubría las verdes praderas floridas y los verdes bosques: y en profunda obscuridad erguíanse las dentadas montañas, nuncios del país de Bohemia. Mirando fijamente ante sí, el estudiante Anselmo sopló en el aire las nubes de humo, y su mal humor expresóse en alta voz diciendo: “verdad es que he nacido con mal sino! Que no haya sido nunca el niño de la suerte ², que jamás acierte a pares o nones, que si se me cae el pan con manteca siempre sea del lado de la grasa, de estas penas no quiero hablar; pero ¿no es un hado funesto que cuando me he decidido a ser estudiante tenga que ser siempre un desdichado sostenido por mis padres³? Si estreno un traje, es seguro que el primer día me caerá una mancha o me engancharé en el primer clavo con que tropiece. Si saludo a una dama o a un consejero, no será sin que se me caiga el sombrero o resbale en el suelo y me dé un golpe, provocando la risa de los presentes. ¿He llegado al colegio alguna vez a tiempo? ¿De qué me ha servido salir de casa con media hora de anticipación y colocarme delante de la puerta, con el libro en la mano, pensando penetrar al primer toque de campana, si el demonio me dejaba caer sobre la cabeza una jofaina o me ha cía atropellar por uno que salía, metiéndome en un laberinto y echándo lo todo a perder? Ay!.. ¡ay! ¿Dónde estáis, sueños de felicidad, que yo, orgulloso, pensaba podían conducir me a secretario particular? Mi mala estrella me ha indispuerto con mis más valiosos protectores. Yo sé que el consejero íntimo al que vengo recomendado no puede aguantar, los cabellos recortados; con gran trabajo colocó el peluquero una coleta en mi coronilla, pero a la primera reverencia se me cayó el adorno desdichado, y un perrillo juguetón que caracoleaba en derredor mío lo llevó muy contento a su amo. Asustado, me eché

² Lláoase el niño de la suerte al que le toca el haba que suelen tene;' las tortas de Reyes que se comen el 6 de enero. El agraciado es nomorado rey y elige una reina y un reino, etc.

³ Kummelturke, el esludiante que no sale de los alrededores de su pueblo y no vive independiente.

encima de él sobre la mesa de trabajo en que estaba almorzando el consejero, di al traste con las tazas, los platos, el tintero..., la salvadera, que se rompieron, ensuciando los papeles de tinta y de chocolate. “¡Es usted el demonio!”, exclamó furioso el consejero, y me arrojó de su presencia. ¿De qué me sirve que el pasante Paulmann me haya ofrecido una plaza de escribiente si mi mala sombra me sigue a todas partes? Lo mismo que hoy... Quería yo celebrar el día de la Ascensión en debida forma. Hubiera podido, como los demás mortales, entrar en los Baños y gritar: “Una botella de cerveza... de la mejor” Podía haber permanecido allí dentro hasta mas tarde, rodeado de muchachas bonitas y elegantes. Estoy seguro de que el alma me habría vuelto al cuerpo, que hubiera sido otro hombre, y hasta si me hubieran preguntado “¿Es muy tarde?” o “¿tocan?”, habríame levantado ligero, sin tirar el vaso ni el banco, y adelantándome unos pasos hubiera dicho: “Esta es la obertura de Donauweibchen” ⁴, o “Acaban de dar las seis”. ¿Podía alguien haberlo tomado a mal? No; me parece a mí; las muchachas me hubieran mirado riendo burlonas, como suelen hacer, si se me hubiese ocurrido demostrar que yo también en tendía algo de la vida del mundo y sabía conducirme con las damas. Pero el demonio me lanzo contra el maldito cesto de manzanas, y ahora tengo que habérmelas en la soledad con mi pipa.”

Aquí el estudiante Anselmo vio interrumpido su monólogo por un ruido inesperado que salía de la hierba que le rodeaba; extendiéndose luego a las ramas del saúco que sombreaba su cabeza. Parecía unas veces el viento de la noche que movía las hojas; otras, el bullicioso rumor de pajarillos en las ramas que agitasen in quietos las alas. Luego comenzó a tintinear como si en las ramas colgasen campanillas de cristal. Anselmo escuchaba y escuchaba; de pronto parecióle que el murmullo y el tintineo se convertían en palabras que decían: “A través... o derecho.... entre las ramas entre las flores..., rodemos; diableemos..., hermanita...; hermanita, da vueltas a media luz..., de prisa, de prisa.... arriba, abajo...; el sol de la tarde nos envía sus rayos...; el viento crepuscular refresca agita el rocío...; las flores cantan...; movamos las lengüecillas con las flores y las ramas...; las estrellas brillan, arriba, abajo, aquí, acullá...; rodemos, diableemos, hermanita.”

Y así continuó una charla incongruente. El estudiante Anselmo pensó: “Este es el viento crepuscular, que hoy me hace comprender sus palabras.” Pero en el mismo momento sintió sobre su cabeza como tres notas de campanillas de cristal. Miró para arriba y vio tres serpientes de un verde dorado enredadas entre las ramas y que alargaban sus cabezas para recibir el sol poniente. Comenzaron de nuevo a oírse las palabras sin sentido, y las serpientes se deslizaban y se revolvían entre las ramas y las

⁴ Das Donauweibchen, una opera llamada también Saal-Nixe, comico-romántica de F. Kauer, letra de K. F. Hensler.

hojas. y al moverse con rapidez parecía que el saúco estaba inundado de esmeraldas que brillaban entre sus hojas oscuras. “Es el sol poniente que juguetea en el saúco”, pensó Anselmo. Pero volvió a oír las campanillas, y vio que una de las serpientes dirigía la cabeza hacia él: Sintió como una conmoción eléctrica y comenzó a temblar interiormente... Miró hacia arriba y observó un par de ojos azul oscuro que se fijaban intensamente en él, sintiéndose entonces acometido de una sensación desconocida de felicidad y de dolor profundo que parecía querer hacerle saltar el corazón. Y mientras, lleno de ardientes deseos, con templaba los divinos ojos, resonó más fuerte, en armoniosos acordes, el ruido de las campanillas de cristal, y las centelleantes esmeraldas subían y bajaban y le rodeaban de mil llamas, jugueteando en derredor suyo con hilillos de oro. El saúco se movió y dijo: “Esta es mi sombra, mi aroma te embalsama; pero no me comprendes. Aroma es mi lenguaje cuando el amor lo inspira.” El vienteillo sopló suave y dijo: “Arrullo tu sueño; pero no me comprendes. Céfiro es mi lenguaje cuando el amor lo inspira.” Los rayos de sol rompieron las nubes, y la luz dijo: “Te inundo de oro abrasador; pero no me comprendes. Fuego es mi lenguaje cuando lo inspira el amor.”

Y cuanto más embebido en la mirada de los ojos deliciosos, más ardientes fueron su anhelo y su deseo. Todo se conmovió como si lo despertase una vida alegre; las flores, los brotes le embalsamaban con su aroma, que asemejaba el cántico maravilloso de millares de flautas, que arrastraba el eco por las doradas nubes crepusculares. Cuando desapareció tras los montes el último rayo de sol y la noche tendió su manto sobre la tierra, una voz ronca y lejana exclamó: “significa ese ruido y ese murmullo allá arriba? ¡Viva, viva! ¿Quién me busca en el rayo tras los montes?

Basta de ruido, basta de cánticos. ¡Viva, viva! Por los matorrales y por las praderas, por las praderas y por los arroyos. ¡Viva, viva! Abajo, abajo...

La voz desapareció como el eco de un trueno lejano; pero las campanillas de cristal se rompieron en una disonancia cortante. Todo quedó en silencio, y Anselmo vio a las tres serpientes que se arrastraban, estremeciéndose, por la hierba hacia el río, y se precipitaron en el Elba, desapareciendo entre sus ondas, y en el sitio preciso elevóse un fuego crepitante que desapareció luego poco a poco en dirección de la ciudad.

SEGUNDA VELADADE.

CÓMO EL ESTUDIANTE ANSELMO FUE TOMADO POR BORRACHO Y POR LOCO—EL PASEO POR EL ELBA.—EL ARIA DEL DIRECTOR DE ORQUESTA GRAUN.—EL LICOR ESTOMACAL DE CONRADI Y LA VENDEDORA BRONCEA DA DE MANZANAS

—Este señor no está en su juicio —dijo una respetable burguesa que, volviendo de paseo con su familia, quedóse parada y con los brazos cruzados contemplando los movimientos del estudiante Anselmo.

Habíase éste abrazado al tronco del saúco y gritaba, dirigiéndose a las hojas y a las ramas:

— Brillad y relucid otra vez, lindas serpientes de oro! ¡Que yo oiga de nuevo las campanillas de cristal! ¡Que me miren vuestros divinos ojos; si no, sucumbiré de dolor y de angustia!

Y suspiraba y gemía profunda mente y sacudía con impaciencia el saúco, que, lejos de responderle, movía sus hojas indiferente y parecía como si se burlase de las ansias del estudiante.

—Este señor no está en su juicio —repitió la buena mujer.

Y al oírlo parecióle a Anselmo que le despertaban violentamente de un sueño profundo o que le rociaban con agua helada para despabilarle. Vio claro dónde se encontraba y recordó que algo muy extraño le había conmovido al punto de hacerle hablar solo. Confuso, contempló a la mujer, y recogió del suelo el sombrero con intención de huir. Mientras tanto el marido había llegado junto a su mujer, y después de dejar sobre la hierba al chiquillo que llevaba en brazos contemplaba con curiosidad y admiración al estudiante Anselmo. Cogió la pipa y la tabaquera de éste, que estaban caídas, y dijo, alargándole ambos objetos:

—No se apure el señor ni veje a la gente, que no le falta en nada, por haber trasegado un vaso de más...Váyase derecho a su casa y échese a dormir.

El estudiante Anselmo avergonzóse mucho y lanzó un ¡ay! quejumbroso.

—Vaya, vaya —continuó el burgués—, sea razonable y no se apure, que no tiene nada de particular el tomar una copa de más el día de la Ascensión; eso le ocurre a cualquiera. Si me lo permite, voy a llenar mi pipa de su tabaco, pues el mío se ha acabado.

Esto dijo el buen burgués, a punto que el estudiante iba a guardarse la pipa y la tabaquera; y sin otra ceremonia limpió la suya y comenzó tranquilamente a llenarla. Algunas muchachas habíanse acercado entre tanto y cuchicheaban con la mujer, mirando a Anselmo, al que le parecía estar sobre aceradas y ardientes espinas. En cuanto tuvo en su poder la pipa y la tabaquera echó a correr sin decir una palabra. Todo lo que viera de maravilloso bajo el saúco había desaparecido, y sólo recordaba haber soñado toda clase de cosas extrañas, acometiéndole una especie de terror involuntario al recordarlo. “Satanás se ha apoderado de ti”, díjole el rector, y no le cabía duda de que estaba en lo cierto. Y tal pensamiento no era soportable para un *candidatus theologiae* borracho el día de la Ascensión.

Iba a internarse por la alameda del jardín Kosel⁵, cuando oyó a su espalda una voz que decía: “Anselmo, Anselmo, ¿dónde demonios va usted con tanta prisa?” El estudiante quedóse como clavado en el suelo, pues estaba seguro de que le sucedería una nueva desgracia. Oyóse otra vez la voz: “Anselmo, vuélvase y venga con nosotros a la orilla del río.” Dióse entonces cuenta Anselmo de que quien le llamaba era su amigo Paulmann, el pasante; dio media vuelta, dirigiéndose hacia la orilla del Elba, y se encontró a su amigo con sus dos hijas y el registrador Heerbrand, que se disponían a tomar una barca. Paulmann invitó al estudiante a que los acompañara a dar un paseo por el río y a pasar la noche con ellos. Anselmo aceptó encantado, pues creía de aquella manera poder escapar a todas las desdichas que le ocurrieran durante el día.

Cuando marchaban por el río vieron que en la orilla opuesta, del lado del Antonschen Garten⁶, estaban que mando fuegos artificiales. Chisporroteando y crepitando volaban los cohetes por el espacio, lanzando en todas direcciones millares de estrellas, que iluminaban con sus destellos. El estudiante Anselmo iba meditabundo junto al barquero, y cuando vio reflejarse en el agua los fuegos artificiales parecióle que las serpientes doradas salían del fondo. Todo lo que viera bajo el saúco volvió a su imaginación, y de nuevo sintióse acometido del inexplicable deseo y de la ansiedad que le produjeran un en canto doloroso.

— ¿Estáis de nuevo en mi presencia, serpientes doradas? Cantad, cantad. En vuestro canto aparecen los ojos azules maravillosos... ¿Estáis en el fondo de las aguas? —así exclamaba el estudiante Anselmo al tiempo que hacía ademán de querer arrojarle al agua.

— ¡Es usted el demonio! —exclamó el barquero, cogiéndole por los faldones.

⁵ En la ciudad nueva; antes, un jardín particular y público en tiempos de Hoffmann.

⁶ Grupo de casas con jardín y anejos, en la parte vieja de la ciudad. HOFFMANN: CUENTOS — T. I.

Las muchachas que estaban a su lado comenzaron a gritar asustadas y se escaparon al lado opuesto de la barca. El registrador Heerbrand dijo algo al oído del pasante Paulmann, a lo que éste respondió en voz baja, llegando a Anselmo estas palabras: “Un caso semejante... sin notarlo.”

A los pocos momentos levantóse Paulmann, y con gran seriedad se colocó junto al estudiante, le tomó las manos y le dijo:

— ¿Cómo va, Anselmo?

Por poco pierde el conocimiento el estudiante, pues en su interior sintió una confusión que inútilmente trataba de calmar. Vio claramente que lo que había tomado por el brillo de las serpientes no era otra cosa que los fuegos artificiales del Antonschen Ganen; pero sentía agitado su pecho por una sensación desconocida, que no sabía si era dolor o alegría; y cuando el remero sacudió el agua con los remos y ésta salpicaba como irritada, oyó una voz que decía: “Anselmo..., An..., ¿no ves que estamos a tu lado? Míranos como a hermanitas. .. Cree. . ., cree. . . en nosotras.” Y le pareció que en el reflejo veía tres rayas doradas. Pero cuando contemplaba atento el agua para ver si los lindos ojos le miraban desde el fondo, advirtió, dolorido, que lo que se reflejaba eran las ventanas iluminadas de las casas cercanas.

Permaneció en silencio y luchando en su interior; pero el pasante Paulmann dijo:

—¿Qué tal le va, Anselmo?

—Muy desanimado —respondió el estudiante—. ¡Ay, si usted supiera lo que he soñado mientras permanecía a la sombra de un saúco junto a las tapias del jardín de Linke, me perdonaría el que estuviera tan distraído!

—Vaya, vaya, Anselmo; siempre le he tenido por un joven sano, y eso de soñar. . . con los ojos abiertos y luego querer arrojarse al agua. eso, perdóneme. no lo hacen más que los necios o los locos.

El estudiante quedóse confuso ante las duras palabras de su amigo; y la hija mayor de éste, Verónica, una muchacha de dieciséis años,, muy bonita, dijo a su vez:

—Querido padre, seguramente a nuestro amigo le ha ocurrido algo extraño, y se ha dormido al pie del saúco y se figura que ha visto en realidad lo que ha soñado.

Tomó entonces la palabra el registrador Heerbrand, diciendo:

—Señorita, amigo mío: ¿no creen ustedes que sin llegar a dormirse se puede caer en un verdadero sopor? A mí me ocurre algunas veces después de tomar el café quedarme en un estado casi inconsciente. y sin ir más lejos ayer mismo me sentí inspirado y vi ante mis ojos una sentencia latina.

—Querido registrador —repuso el pasante—, usted siempre ha tenido cierta inclinación a la poesía, y eso predispone a lo fantástico y a lo novelesco.

El estudiante Anselmo comprendía demasiado que le consideraban como loco o borracho, y se dedicó en silencio a contemplar a Verónica, advirtiéndolo por primera vez que tenía unos ojos azules preciosos, que le hicieran olvidar los que contemplara bajo el saúco. Olvidó casi totalmente la aventura pasada, sintiéndose alegre y satisfecho y llegando hasta ofrecer la mano a su defensora Verónica cuando bajaban de la lancha, dándole el brazo para conducirla a su casa, con tanta soltura que sólo se escurrió una vez y salpicó de barro su vestido en uno de los mayores charcos que encontraran en el camino.

No pasó inadvertido para el pasante Paulmann el cambio de Anselmo, y queriendo congraciarse con él le pidió perdón por las frases duras que le dirigiera, diciéndole:

—Sí, hay ejemplos de casos en que la fantasía se apodera de los individuos y llega a producir verdaderos trastornos; pero se trata de enfermedades, y para aliviarlas empléanse las sanguijuelas, aplicadas, salva venia, atrás, como lo demuestra un sabio muy conocido, ya difunto⁷.

El estudiante Anselmo no sabía si estaba loco, borracho o enfermo; pero de todos modos parecíanle inútiles las sanguijuelas, pues los fantasmas habían desaparecido por completo y se sentía cada vez más sereno y alegre, y trataba por todos los medios de interesar a la linda Verónica.

Como de costumbre, hízose música al terminar la comida; el estudiante, hubo, de sentarse al piano, y Verónica dejó oír su voz clara y bien timbrada. El registrador Heerbrand, al oírla, dijo:

—Señorita, tiene usted una voz que parece una campanilla de cristal.

—Eso no —repuso el estudiante sin darse cuenta y provocando las miradas de todos—. Las campanillas de cristal suenan de un modo maravilloso en el saúco —siguió el estudiante a media voz.

⁷ Christoph Friedrich Nicolai (1733-1811), en su obra *Beispiel einer Erscheinung mehrerer Phantasmen*, 1799.

Verónica le puso la mano en el hombro y dijo:

— ¿Qué está usted diciendo, Anselmo?

El pasante Paulmann miróle muy serio, el registrador colocó un papel en el atril y se puso a cantar con gran maestría un aria del maestro Graun⁸. El estudiante Anselmo acompañó a otros varios y luego contribuyó al regocijo general cantando con Verónica un dúo compuesto por el mismo señor Paulmann.

Era ya tarde, y el registrador requirió el sombrero y el bastón para marcharse, cuando le abordó el pasante y le dijo:

—¿Quiere usted decirle a Anselmo algo respecto a lo que hemos hablado?

—Con mil amores — -repuso el registrador Heerbrand, y comenzó, luego de sentarse en el círculo—: Hay aquí un hombre maravilloso que, según dicen, es muy versado en las ciencias ocultas pero como al presente hay poca ocasión de practicarlas, dedícase a anticuario y tiene fama asimismo como químico. Me refiero al archivero Lindhorst. Vive, como usted sabe, solo, en una casa vieja y apartada, y cuando su servicio no lo reclama encuéntrasele siempre en su despacho o en su laboratorio, donde no permite a nadie la entrada. Tiene, además de muchos libros raros, manuscritos árabes, coptos, y en signos extraños que no pertenecen a ningún idioma conocido. Desea que le copien éstos, y para ello necesita un hombre que sepa hacer primores con la pluma y pueda copiar con toda fidelidad y exactitud los signos que se hallan en el pergamino. Le hace trabajar en un aposento especial de su casa; le paga, aparte la comida, durante el tiempo que dure el trabajo, un ducado diario, y un regalo si lo termina a su gusto. Las horas de trabajo son de diez a seis. De tres a cuatro se emplea en descansar y comer. Ya ha tenido dos o tres jóvenes que no le han satisfecho, y se ha dirigido a mí para que le indique alguien que sea buen plumista. Yo he pensado en usted, querido Anselmo, pues sé que escribe a la perfección y que dibuja con la pluma. ¿Quiere usted ganarse el ducado diario hasta que tenga otra colocación mejor, a más del regalo prometido? Si quiere, moléstese en ir mañana, a las doce en punto, a casa del archivero, cuya morada de sobra conoce. Pero tenga cuidado con los borrones, porque si le cae alguno en la copia tendrá usted que comenzarla de nuevo; pero si le cae en el original podría muy bien el archivero arrojarle por la ventana, pues es un hombre violento.

El estudiante Anselmo aceptó en cantado el encargo del registrador, pues no solamente era una notabilidad con la pluma en la mano, sino que su verdadera pasión consistía en

⁸ Karl Heinrich Graun (1701-59), cantante de ópera, nombrado maestro de capilla en Berlín después del advenimiento de Federico el Grande. Compuso numerosas obras, llegando a alcanzar gran renombre en las de música religiosa.

hacer primores caligráficos. Dio las gracias a sus protectores en los términos más calurosos y les prometió no faltar a la cita al día siguiente a las doce.

Durante la noche Anselmo no vio más que blancos ducados y oyó su tintineo armonioso. ¿Quién podrá censurar que un desgraciado tan perseguido por el infortunio considerase como una bendición la idea del dinero que iba a ganar? Muy de mañana buscó sus lapiceros, sus plumas de ave y la tinta china, pues pensaba que el archivero no tendría mejores materiales. Ante todo reunió y ordenó sus muestras caligráficas y sus dibujos, para presentarlos al archivero como prueba de su habilidad, si así lo deseaba. Todo marchó perfecta mente al principio, como si luciera para él una buena estrella: la corbata le salió bien a la primera intentona, y no se le hizo ningún punto en la media, como solía ocurrirle; no se le cayó el sombrero, y a las once y media en punto estaba el buen Anselmo, con su casaca gris y su pantalón negro, con un rollo de papeles bajo el brazo y una colección de dibujos a pluma en el bolsillo, en la Schlossagasse, en la tienda de Conradi⁹, y se tomaba un vaso del mejor licor estomacal, pues, según pensaba, en sus bolsillos, vacíos aún, no tardaría en haber un ducado.

Sin advertir la gran distancia que recorriera hasta la callejuela en que se encontraba la casa del archivero, el estudiante Anselmo hallóse ante la puerta a las doce en punto. Al llegar dirigió la mirada al grueso llamador de bronce; pero cuando, al sonar la última campanada en el reloj de la iglesia próxima, se disponía a cogerlo para llamar, encontróse con que el rostro metálico le dirigía una mirada aviesa al tiempo que una sonrisa asquerosa. Era el rostro de la vendedora de manzanas de la Puerta Negra! Los dientes afilados castañeteaban en la boca flácida. y al castañetear decían: “¡Estúpido..., estúpido.... estúpido.. ., espera un poco, espera! ¿Por qué has salido, estúpido?” Asustado, el estudiante se hizo atrás; quiso coger la jamba de la puerta; pero su mano se agarró al cordón de la campanilla, que sonó repetidas veces de un modo extraño, y en toda la casa el eco repetía: “¡Pronto caerás en cristal!” El estudiante sintióse acometido de un terror que le produjo el frío de la fiebre. El cordón de la campanilla se inclinó hacia abajo, convirtiéndose en una serpiente blanca y transparente que le rodeaba y le oprimía cada vez más fuerte en sus contorsiones, hasta que los miembros tiernos, triturados, rompiéronse en pedazos, y de sus venas brotó la sangre, penetrando en el cuerpo transparente de la serpiente y poniéndole a él rojo. “¡Mátame, mátame!”, quería gritar en su terror; pero sólo conseguía articular un sonido ronco. La serpiente levantó la cabeza y dirigió su lengua afilada desde la tierra al pecho de Anselmo, y entonces sintió un dolor agudísimo en el pulso y perdió el

⁹ Conradi es el nombre de un tabernero muy conocido en Dresde, QUO ahora está en la Seestrasse.

conocimiento. Cuando volvió en sí estaba en una camita modesta, y a su lado el pasante Paulmann que le decía:

—Por amor de Dios, querido Anselmo, ¿qué extravagancias son esas?

TERCERA VELADA

NOTICIAS SOBRE LA FAMILIA DEL ARCHIVERO LINDHORST.—Los OJOS AZULES DE VERÓNICA.—EL REGISTRADOR HEERBRAND

—El espíritu miró fuera del agua, que se conmovió y saltó en ondas espumosas; éstas se precipitaron en el abismo, cuyas fauces negras se abrieron ansiosas de engullirlas. Como vencedor triunfante elevó su cabeza coronada de picachos la roqueda de granito, protegiendo al valle hasta que el sol le acogió en su seno maternal, rodeándolo con sus rayos como brazos ardientes y calentándolo e iluminándolo. Entonces despertaron miles de gérmenes que dormían bajo la arena un sueño profundo, y estiraron sus hojillas y sus tallos para saludar a su madre, y como niños alegres que juegan en una pradera asomaron sus botones, que se abrieron al fin, acariciados por la madre y coloreados por miles de matices a cual más lindos. En el centro del valle irguióse una colina negra que se agitaba como el pecho del hombre cuando le conmueven las malas pasiones. Del abismo subían las emanaciones, y reuniéndose en masas enormes esforzábanse en ocultar el rostro de la madre; pero entonces estalló la tormenta y las alejó de allí, y cuando el rayo límpido volvió a iluminar la colina negra brotó una azucena roja, la cual abrió sus hojas como labios que fueran a recibir el beso de la madre. En el valle apareció una lucecilla brillante: era el joven Fósforo, y al verlo, la azucena exclamó llena de ansiedad: “Sé mío para siempre, hermoso joven. Te amo y moriría si me abandonases.” El joven respondió: “Seré tuyo, linda flor; pero tendrás que abandonar a tu padre y a tu madre como un hilo bastardo; no volverás a ver a tus camaradas; querrás ser más grande y más fuerte que todo lo que ahora te alegra y regocija. El anhelo que llena tu ser te servirá de tormento y martirio, pues el pecado dará origen a otros pecados, y la alegría grande que enciende la chispa que yo vierto en ti es el dolor sin esperanza, en el que te sumirás para renacer en una forma extraña, ¡Esta chispa es el pensamiento! ¡Ay! —exclamó la azucena—. ¿No podré ser tuya en el ardor que me abrasa? ¿Puedo amarte más aún y puedo contemplar te si tú me aniquilas?” Besó al Fósforo, y como penetrada de su luz, vióse rodeada de llamas, de las que salió un ser nuevo, que no tardó mucho en revolotear por el valle, sin preocuparse de los camaradas jóvenes ni del joven amante. Este se la mentaba por su amor perdido, pues continuaba amando a la azucena en el valle solitario, y las rocas de

granito inclinaban sus cabezas tomando parte en los lamentos del joven. Una de ellas abrió su seno, y de él salió un dragón de negras alas que dijo: “Mis hermanos los metales duermen ahí dentro; pero yo estoy alegre y despierto y quiero ayudarte. Subiendo y bajando atrapó el dragón al ser extraño nacido de la azucena, lo llevó a la colina y lo rodeó con sus alas; volvió a ser la azucena; pero el pensamiento le destrozaba por dentro, y el amor por el joven Fósforo era un lamento cortante, ante el cual, con el aliento emponzoñado, se marchitaban las florecillas que antes alegraban su vista. El joven Fósforo se puso una armadura brillante que relucía con mil colores y luchó con el dragón, que con sus alas negras chocó contra la armadura, haciéndola resonar, y entonces las florecillas volvieron a la vida y rodearon al dragón como pájaros maravillosos, haciéndole perder fuerzas y ocultarse en el fondo de la tierra vencido. La azucena estaba libre; el joven Fósforo la abrazó con amor celestial, y las flores y los pájaros y hasta las mismas rocas de granito cantaron un himno de alegría, proclamándola reina del valle.

—Señor archivero —dijo el registrador Heerbrand—, eso es completamente oriental, y ahora deseamos que nos cuente algo como ha hecho otras veces, de su vida, de sus viajes, algo que sea verdad.

—Lo que acabo de contarles —respondió el archivero Lindhorst— es de lo más verídico que puedo referirles de mi vida, pues yo procedo de ese valle, y la azucena que reinó en él era mi tatarabuela en no sé qué grado, por lo cual yo también soy príncipe.

Todos se echaron a reír ruidosamente.

—Bueno, ríanse ustedes cuanto quieran —siguió el archivero—. Pueden tomar por insensato todo lo que acabo de contarles, pero no por eso dejará de ser rigurosamente cierto. De haber sabido que la historia de amor a la que debo mi nacimiento les agradaba tan poco, les habría contado algo nuevo que me ha referido mi hermano.

—Cómo, ¿tiene usted un hermano? ¿Dónde está? ¿Dónde vive? ¿Sirve también al rey o es algún sabio independiente? —le preguntaban todos.

—No —repuso el archivero, tomando un polvo de rapé con suma tranquilidad—; se colocó en la parte mala y está bajo el dominio del dragón.

—¿Bajo el dominio del dragón? —oyóse como un eco por todas partes.

—Sí, bajo el dominio del dragón —continuó el archivero Lindhorst, en realidad en la desesperación—. Ustedes saben, señores míos, que mi padre murió hace poco tiempo,

hace unos trescientos ochenta y cinco años, por lo cual aún llevo luto. Yo era su preferido, y me dejó un ónice que también quena poseer mi herma no. Nos peleamos delante del cadáver de una manera muy poco cortés, hasta que el difunto perdió la paciencia, se levantó y arrojó por las escaleras al hermano malo. Tocóle a mi hermano, y fue a parar a los dominios del dragón. Ahora está en un bosque de cipreses cerca de Túnez, donde tiene a su cargo el cuidado de un renombrado carbunclo místico, el cual es buscado por un demonio de nigromante que tiene su residencia de verano en Laponia, y sólo puede aprovechar para venir a verme el cuarto de hora que el nigromante se dedica a cuidar de sus salamandras, aprovechando esos momentos para contarme a toda prisa lo que ocurre de nuevo en las fuentes del Nilo.

Por segunda vez los presentes echáronse a reír; pero el estudiante Anselmo comenzó a sentirse inquieto y apenas se atrevía a mirar a los ojos graves del archivero sin que le invadiera ceno malestar interior. La voz del archivero Lindhorst tenía algo metálico e impresionante que le hacía estremecerse hasta la medula de los huesos. El objeto que impulsó al registrador Heerbrandt a llevarle consigo al café no parecía fácil de alcanzar por aquel día.

Después de lo que le ocurriera al estudiante Anselmo a la puerta del archivero no se atrevió a intentar la visita por segunda vez, pues tema el convencimiento de que sólo la casualidad le libró, si no de la muerte, por lo menos de un gran peligro. El pasante Paulmann acertó a pasar por aquella calle cuando él yacía sin sentido delante de la puerta de la casa del archivero, y a su lado una vieja que para atenderle había dejado un cesto lleno de bollos y manzanas. El señor Paulmann había requerido una camilla y lo hizo trasladar a su casa. “Pueden creer lo que quieran de mí —decía el estudiante Anselmo pueden tomarme por loco o por... lo que quieran; pero yo estoy seguro de que en el llamador de la puerta me hacía guiños la maldita cara de la bruja de la Puerta Negra. De lo que sucedió después prefiero no hablar; pero si yo llego a recobrar el conocimiento y veo a mi lado a la vendedora de manzanas, que no era otra la vieja que estaba junto a mí, estoy seguro de que me da un ataque o me vuelvo loco.”

Ni las reflexiones del pasante Paulmann, ni los discursos del registrador Heerbrandt, ni los de Verónica, acompañados de las miradas de sus ojos azules, lograron sacarle del ensimismamiento en que cayó. Lo consideraron enfermo mentalmente y comenzaron a pensar en un medio de distraerle, decidiendo el registrador Heerbrandt que nada más a propósito que la ocupación de copiar los manuscritos del archivero. Pensaron, en consecuencia, el modo de ponerlos en comunicación, y como quiera que el registrador supiese que el archivero acudía casi todas las noches a cierto café, invitó al estudiante Anselmo a frecuentar el tal café a costa suya y tomar una cerveza y fumarse una pipa

hasta que se presentase ocasión de conocer al archivero y tratar con él del asunto de las copias, a lo cual el estudiante accedió de buen grado.

—Merecerá usted bien de la posteridad si consigue usted volver a la razón al pobre joven, amigo Heerbrand —dijo el pasante Paulmann.

—Sí, es verdad —confirmó Verónica, elevando sus lindos ojos al cielo con expresión piadosa y pensando que el estudiante Anselmo era un joven muy simpático aunque estuviese trastornado.

En el momento en que el archivero Lindhorst se disponía a salir, armado de bastón y sombrero, el registrador tomó a Anselmo de la mano y, cortando el paso al archivero, le dijo:

—Estimado señor archivero: aquí tiene usted al estudiante Anselmo, que es una notabilidad en trabajos de pluma y quiere copiar sus manuscritos.

—Me alegro extraordinariamente—respondió el archivero Lindhorst, apresurado. Se puso el sombrero de tres picos, y apartando al registrador y a Anselmo echó a correr escalera abajo, quedándose los otros parados y mirando a la puerta, que el primero cerró de un portazo, haciendo rechinar los goznes.

—Es un viejo extraordinario —dijo el registrador.

—Un viejo extraordinario —repitió Anselmo, sintiendo como si le corriera por las venas una corriente de agua helada capaz de convertirle en estatua de mármol.

Todos los concurrentes al café se echaron a reír, y dijeron:

—El archivero estaba hoy de humor, mañana seguramente estará tranquilo y no hablará una palabra, sino que se pasará las horas mirando las volutas de humo de su pipa o leyendo periódicos: no hay que hacerle caso.

“Es verdad —pensaba el estudiante Anselmo—, no hay motivo para preocuparse. ¿No ha dicho el archivero que se alegraba mucho de que yo quisiera copiar sus manuscritos? Pero ¿por qué ha cerrado el paso al registrador cuando ha visto que se dirigía a su casa? El archivero es en el fondo una buena persona y generoso en extremo,..., pero un poco extraño en sus discursos. En todo caso, ¿a mí qué me importa? Mañana a las doce en punto me presentaré en su casa, a pesar de todas las brujas de bronce.”

CUARTA VELADA

MELANCOLÍA DEL ESTUDIANTE ANSELMO.—EL ESPEJO DE ESMERALDAS.— DE COMO EL ARCHIVERO LINDHORST VOLÓ COMO UN MILANO Y EL ESTUDIANTE ANSELMO NO ENCONTRÓ A NADIE

Tengo que preguntarte amable lector, si en tu vida no has tenido horas y días y semanas en los cuales se te ha presentado todo lo hecho a diario como un verdadero tormento y en los que todo lo que has considerado como digno de tu esfuerzo te parece estúpido y sin objeto. En esos momentos no sabes qué hacer ni adónde dirigirte; en tu pecho escóndese el sentimiento de que en alguna parte y alguna vez habrá ocasión de llenar cumplidamente todos tus deseos, que el espíritu, como un niño temeroso, no se atreve a formular; y en este anhelo por lo desconocido, algo que flota por dondequiera que vayas y dondequiera que estés se te aparece como un sueño en el que figuran seres translúcidos que te hacen enmudecer para todo lo que aquí te rodea. Diriges tu mirada turbada en derredor como un amante sin esperanza, y todo lo que los hombres hacen en abigarrado revoltijo te produce dolor y nunca alegría, como si no pertenecieses a este mundo. Si te ha ocurrido alguna vez esto, querido lector, conoces por experiencia propia el estado del estudiante Anselmo. Lo que más deseo es haber conseguido pintarle con colores vivos ante tus ojos, pues en realidad en las vigiliass que he dedicado a escribir su historia peregrina he procurado hacerlo con toda exactitud, relatando lo maravilloso como si fuera un cuento de aparecidos, al punto que hay momentos en que temo que no creas ni en el estudiante Anselmo ni en el archivero Lindhorst, y que hasta llegues a dudar de la existencia del pasante Paulmann y del registrador Heerbrand, o por lo menos pasen inadvertidos para ti estos estimables señores, que aún se pasean por Dresde. Intenta, estimado lector, penetrar en el mundo de las hadas, lleno de maravillas que provocan las grandes alegrías y los grandes terrores, donde las diosas levantan sus velos para que podamos contemplar sus rostros; pero una sonrisa de incredulidad asoma a todos los labios, la burla con que se acoge siempre todo lo fabuloso, como los cuentos de las madres a sus hijos pequeños. Bien; pues en este reino, que por lo menos en sueños se nos abre algunas veces, trata de penetrar, querido lector, y de re conocer las figuras tal y como las ves en la vida diaria. Entonces creerás que el tal reino está más cerca de ti de lo que te figurabas; esto lo deseo con todo mi corazón, para que te puedas hacer más cargo de la historia del estudiante Anselmo.

Como ya hemos dicho, el estudiante Anselmo, desde la noche en que vio al archivero Lindhorst, cayó en una apatía somnolienta que le hacía insensible a todas las emociones de la vida corriente. Sentía en su interior algo desconocido que le con

movía y le producía una especie de dolor agradable, que es la consecuencia del anhelo que a los hombres promete otro ser más alto. Donde se encontraba más a gusto era en las praderas y en los bosques, en los que podía a sus anchas contemplar la Naturaleza y la vida y sumirse en reflexiones interiores. Y ocurrió que volviendo un día de un largo paseo acertó a pasar por delante de aquel saúco donde fue acometido por las hadas y vio cosas tan raras: sintióse atraído por la alfombra verde del césped, y apenas se había sentado cuando todo lo que un día contemplara como en éxtasis, y cuyo recuerdo conservaba en el fondo de su alma, volvió a aparecérselo como si lo viera por segunda vez. Y aun más claro que entonces vio los ojos azules de las serpientes doradas que en el centro del saúco se erguían, y las campanillas de cristal que brotaban de su contorno, llenándole de encanto y alegría. Lo mismo que el día de la Ascensión, abrazóse al saúco, y dirigiéndose a las ramas y a las hojas exclamó: “Deslízate e inclínate, serpiente dorada, en las ramas, para que yo pueda contemplarte. Mírame una vez más con tus divinos ojos. Te amo y morirá de pena y de dolor si no vuelves.” Todo quedó en silencio, y, como entonces, el saúco sacudió sus ramas y agitó sus hojas. Pero el estudiante Anselmo comprendió lo que le inquietaba y conmovía, y que no era otra cosa que el dolor de un anhelo sin fin. “Estoy seguro —dijo— de que te amo con toda mi alma y hasta la muerte, deliciosa serpiente verde; sin ti no puedo vivir, y perecerá miserable mente si no te veo, si no te tengo junto a mí como la amada de mi corazón...; pero ya sé que eres mía y que ha de llegar un día en que vea realizados mis deseos de otro mundo.”

El estudiante Anselmo iba todas las tardes, cuando el sol se filtraba por entre los árboles, a colocarse bajo el saúco y dirigía sus endechas amorosas a las hojas y a las ramas, pensando que llegarían a la serpiente. Una vez que repetía las mismas quejas apareciósele de repente un hombre seco, envuelto en una vestidura gris claro, y le dijo, mirándole con ojos de fuego:

— ¿Qué te pasa y por qué te la mentas? ¡Ah!, eres el estudiante que quiere copiar mis manuscritos.

El estudiante asustóse no poco ante la voz estentórea, que era la misma que le dirigiera la palabra el día de la Ascensión. De asombro y miedo no pudo articular palabra.

—Vamos a ver, Anselmo —continuó el archivero Lindhorst, que no era otro que el hombre de la vestidura gris—. ¿Qué quiere usted del saúco y por qué no ha ido usted a mi casa a principiar el trabajo?

Ciertamente el estudiante Anselmo no se había vuelto a ocupar de ir a casa del archivero; pero ahora, vuelto en sí de su agradable sueño por la misma voz que en otra

ocasión le robara a su amada, sintióse acometido de una especie de desesperación y comenzó a decir:

—Señor archivero, puede usted tomarme por loco o por lo que quiera, me es igual; pero aquí, bajo este saúco, contemplé por primera vez el día de la Ascensión a la serpiente dorada y verde..., la amada de mi corazón, y me habló con voz de cristal, y usted. . . señor archivero, la llamó gritando desde el agua.

— ¿Cómo es eso, amigo mío? —interrumpióle el archivero sonriendo, mientras tomaba un polvo de rapé.

El estudiante Anselmo sintió que su corazón se libraba de un peso al poder explicarse sobre aquella aventura extraordinaria, y le pareció una gran cosa el achacar al archivero la culpa de haberle interrumpido con su voz, que tronó a distancia. Recogíase y comenzó su relato.

—Voy a contarle todo lo que me ocurrió el día de la Ascensión, y después puede decirme y hacer y, sobre todo, pensar lo que quiera de mí.

Contóle punto por punto todos los sucesos, desde el desgraciado tropezón con la cesta de manzanas hasta la huida por el agua de las tres serpientes doradas y verdes, y díjole que la gente le había tomado por loco o por borracho.

—Todo lo que le he dicho —terminó el estudiante— lo he visto real mente, y en el fondo de mi corazón conservo el recuerdo de las adorables voces que me hablaron; no fue en modo alguno un sueño, y para no morirme de ansiedad y de amor tengo que creer en las serpientes doradas, a pesar de que en su risa, señor archivero, comprendo que usted también toma a las tales serpientes como una imagen de mi mente calenturienta.

—No lo crea usted —repuso el archivero con gran tranquilidad y calma—. Las serpientes doradas que usted, Anselmo, vio en el saúco eran mis tres hijas, y es una cosa perfectamente clara que se enamoró usted de la más joven, que se llama Serpentina. Ya lo sabía yo desde el día de la Ascensión, y como estaba trabajando y me molestara el ruido y el estrépito, llamé a las locuelas para que se fueran a casa, pues el sol se había puesto y ya le habían tomado y cantado bastante.

Al estudiante Anselmo le pareció que le decían algo que esperaba hacía mucho tiempo, y que el saúco, las tapias y la hierba se movían en derredor suyo. Quiso decir algunas palabras, pero el archivero no le dejó hablar, sino que, quitándose un guante y mostrando a Anselmo la piedra de una sortija que brillaba con destellos de fuego, dijo:

—Mire aquí, querido Anselmo; seguramente tendrá una alegría con lo que vea.

El estudiante miró a la piedra, y, ¡oh maravilla!, ésta se abrió como un gran foco, lanzando rayos en derredor, y los rayos se convinieron en un espejo de cristal, en el que haciendo mil piruetas, ora huyendo unas de otras, ora entrelazándose, las tres serpientes saltaban y bailaban. Y cuando se tocaban, los cuerpos esbeltos entrechocaban, lanzando chispas brillantes; sonaban los acordes de campanillas de cristal, y la que estaba en medio alargaba la cabeza fuera del espejo y los ojos azul oscuro decían: “¿Me conoces?.. ¿Crees en mí, Anselmo?... En la confianza está el amor... ¿Sabes amar?”

—¡Oh Serpentina, Serpentina!—exclamó el estudiante, loco de entusiasmo.

Pero el archivero Lindhorst echó el aliento en el espejo, y con la rapidez de! rayo desapareció el foco y solo quedó en su mano una pequeña esmeralda, sobre la que se puso el guante.

— ¿Ha visto usted a las serpientes doradas, amigo Anselmo? —preguntó el archivero.

— ¡Ah sí —respondió el estudiante—, y a la adorable Serpentina!

—Bueno —continuó el archivero—, basta por hoy. Además, si está usted decidido a trabajar conmigo, podrá usted ver a mis hijas con frecuencia, es decir, le recompensará a usted con este placer si trabaja bien; esto es, si copia con fidelidad y limpieza todos los signos. Pero usted no ha ido a mi casa, a pesar de que el registrador Heerbrand me aseguró que iría en seguida, y le he estado esperando inútil mente varios días.

En cuanto el archivero nombró a Heerbrand parecióle a Anselmo que volvía a hallarse sobre el suelo y que en realidad era el estudiante que estaba delante del archivero Lindhorst. El tono indiferente en que hablaba éste contrastando con las apariciones maravillosas que provocara, como verdadero nigromante; tenía algo siniestro, aumentado aún por las miradas penetrantes que salían de las órbitas huecas de aquel rostro arrugado y huesudo, y el estudiante sintióse acometido de la misma sensación de inquietud que le acometiera en el café la noche en que oyó al archivero relatar aquellas aventuras extraordinarias. Con mucho trabajo logró rehacerse, y cuando el archivero le preguntó de nuevo: “¿Por qué no ha ido usted a casa?”, decidióse a contarle todo lo que le había ocurrido el día que estuvo llamando a su puerta.

—Querido Anselmo —dijo el archivero cuando el estudiante terminó su relato—, querido Anselmo: conozco perfectamente a la vendedora de manzanas de que usted cree hablar; es una criatura fatal que me juega toda clase de malas pasadas y que se ha

hecho broncear, para asustar a todas las visitas agradables, en forma de llamador, lo cual ya me va resultando insoportable. Si usted quiere, mañana, cuando vaya a casa y se le represente el rostro repugnante de la dichosa mujer, échele unas gotas de este licor en las mismas narices y en seguida desaparecerá. Y ahora, adiós, querido Anselmo, voy algo de prisa; por eso no le quiero molestar diciéndole que me acompañe a volver a la ciudad. Adiós y hasta la vista; mañana a las doce.

El archivero entregó a Anselmo un frasquito con un líquido amarillo y salió corriendo tan de prisa, que en la oscuridad sobrevenida entretanto más bien parecía volar que andar. A poco estaba junto al jardín de Kosel; entonces el viento abrió los dos lados del manto, de modo que flotaron en el aire un par de alas gigantescas, y el estudiante, que lleno de asombro miraba al archivero, creyó distinguir un gran pájaro preparándose a levantar el vuelo. Estaba Anselmo mirando a la oscuridad cuando se levantó con gran estrépito un milano blancuzco, y comprendió que el aleteo que él supusiera procedía del archivero debía de ser de aquel milano, aun cuando no se daba cuenta de cómo desapareció el archivero. “Probablemente será el mismo archivero que vuela —dijo para sí Anselmo—, pues ahora ad vierto que todas las maravillas que he visto, suponiendo que pertenecían a un mundo extraño y que tomaba por sueños, tienen vida verdadera y juegan conmigo. . .; pero, sean lo que quieran, tú vives y alientas en mi pecho, adorada Serpentina; sólo tú puedes calmar la ansiedad que me destroza el corazón. . . ¡Cuándo podré contemplar tus divinos ojos, querida mía!’ Así suspiraba el estudian te Anselmo en alta voz. “Qué nombre más raro y más poco cristiano”, dijo una voz de bajo junto a él, que resultó ser de un individuo que pasaba por allí. El estudiante se acordó a tiempo de dónde estaba y se apresuró a salir de aquellos contornos, pensando para sus adentros: “La verdad que sería una verdadera desgracia el que ahora me encontrase con el pasante Paulmann o con el registrador Heerbrand,” Pero no se encontró a ninguno de los dos.

QUINTA VELADA

**LA CONSEJERA— “CICERO DE OFFICIIES”— MACACOS Y OTRAS
ALIMAÑAS—LA VIEJA ELISA— EL EQUINOCCIO**

—No es posible hacer carrera de Anselmo —decía el pasante Paulmann un día—; todos mis esfuerzos y mis esperanzas son infructuosos; no se quiere aplicar a nada, a pesar de que ha hecho estudios brillantes, que son base suficiente para todo.

El registrador Heerbrand respondió, riendo sutil y misteriosamente:

—Déjele espacio y tiempo, mi buen amigo. Anselmo es un sujeto curioso y hay en él madera para muchas cosas; quiero decir que lo hemos de ver secretario de Estado o consejero.

—¿Consejero? —dijo el pasante Paulmann sin acabar casi de articular la palabra por el asombro.

—Poco a poco —continuó el registrador—. Yo sé lo que sé. Ya hace unos días que va a casa del archivero Lindhorst, y trabaja en las copias. y este señor me ha dicho anoche en el café: “Me ha recomendado usted un hombre de mérito, que llegará a algo.” Y si tiene usted en cuenta las relaciones del archivero..., ya veremos lo que pasa dentro de unos años.

Dichas estas palabras, el registrador se marchó con su risita misteriosa dejando al pasante, lleno de curiosidad y de asombro, mudo en su silla.

Sobre Verónica la conversación hizo un gran efecto. “¿No he creído yo siempre —pensaba— que el estudiante Anselmo era un joven listo y agradable del que se puede esperar algo grande? ¡Si yo estuviera segura de si me gusta en realidad! Aquella noche del paseo por el Elba me apretó dos veces la mano; y luego, mientras cantábamos el dúo me dirigió unas miradas extrañas que penetraban hasta el corazón. Si, sí me gusta..., y yo Verónica se representó, como suelen hacerlo muchas jóvenes, los dulces sueños de un futuro agradable; era la señora del consejero; vivía en una casa espléndida en la calle principal, o en la plaza Nueva, o en la Moritzstrasse... Los sombreros de última moda y los chales turcos le sentaban a maravilla. - Desayunaba en un elegante negligé en su gabinete, dando órdenes a la cocinera para el ser vicio del día: “Pero cuidado con echar a perder la terrina, que es el plato favorito del señor consejero.” Los elegantes que pasaban miraban la a hurtadillas, y a sus oídos llegaban palabras como éstas: “¿Qué mujer más admirable es la consejera! ¡Qué bien le sienta la cofia de encaje!”. La consejera X enviaba su criado a preguntar si la señora consejera quería ir con ella a los baños de Linke. “Lo siento muchísimo; pero ya estoy comprometida para tomar el té con la presidenta T.” El consejero Anselmo volvía temprano de sus quehaceres; iba vestido de última moda. “¡Ya las diez!”, decía al oír el reloj de repetición, que daba la hora: y besando a su mujercita: “¿Qué tal te va,

mujercita? Mira lo que te traigo.” Y sacaba una cajita en la que guardaba un par de pendientes de un trabajo modernísimo, que ella se ponía en seguida en lugar de los que llevaba ya usados.

—¡Qué lindos pendientes! —exclamó Verónica en alta voz y levantándose de un salto de la silla en que estaba cosiendo, dejando caer la labor, para colocarse ante el espejo, como si realmente tuviese puestos los pendientes.

—¿Qué es eso? —preguntó su padre, que, absorto en la obra Cicero de of ficiis, por poco se le cae el libro de las manos—. ¿Tenemos también ataques como Anselmo?

En aquel momento entró en la habitación el estudiante, que, contra su costumbre, hacía varios días que no parecía por allí, con gran asom ro de Verónica y no menos susto por el cambio que se operara con él.

Con gran aplomo, cosa no habitual en él, habló de la nueva tendencia de su vida, del brillante porvenir que se le abría y que muchos ni siquiera podían presumir.

El pasante Paulmann, recordando las palabras del registrador, sintióse aún más confuso, y apenas si pudo articular una sílaba cuando el estudiante, después de decir que tenía mucho trabajo y muy urgente en casa del archivero y de besar la mano de Verónica de una manera muy elegante, salió de allí. “Así sería el consejero —pensó Verónica—; y me ha besado la mano sin resbalar ni pisarme, como suele hacerlo. Me ha dirigido una mirada tan dulce... Decididamente, me gusta.”

Verónica ensimismóse de nuevo en sus sueños, en los que siempre creía ver una figura enemiga mezclada con las apariciones agradables que le ha cían imaginarse ya consejera y en su casa. La figura reía burlona y decía: “Todo lo que piensas es una tontería y un puro engaño, pues Anselmo no será nunca consejero ni tu marido; no te ama, a pesar de tus ojos azules, de que eres esbelta y de que tienes las manos bonitas.” Sintió Verónica como si le echaran un jarro de agua helada, y el terror substituyó a la satisfacción con que pensara en la cofia de encaje y en los pendientes. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y en alta voz dijo:

—Es verdad, no me quiere, y nunca seré consejera.

—Romanticismo —exclamó el pasante Paulmann.

Y cogiendo el bastón y el sombrero se marchó de allí.

—Eso me faltaba —suspiró Verónica, enfadándose con su hermanita de doce años, que, indiferente, estaba sentada delante de su bastidor bordando.

Eran casi las tres y tiempo ya de arreglar la habitación y de preparar el café, pues las señoritas de Oster habían anunciado su visita. Detrás de cada armario que Verónica movía, detrás de los libros de cubierta roja que estaban sobre el piano, detrás de todas las tazas, detrás de la cafetera que tomara del armario, apareciasele la misma figura, como, un duende, riéndose burlonamente, castañeteando los dedos y gritando: “¡No será tu marido, no será tu marido!” Y después, cuando todo estuvo en su sitio y Verónica en medio del cuarto, la vio aparecer con unas narices muy largas detrás de la estufa y repitiendo la frasecita: “¡No será tu marido!”

—¿No oyes nada, no ves nada, hermana? —exclamó Verónica, que no se atrevía a moverse, temblando de miedo. Francisca se levantó muy tranquila de su bastidor y dijo:

—¿Qué te pasa hoy, hermana? Todo lo revuelves y estás haciendo un ruido atroz; voy a ayudarte.

En seguida entraron las amigas, muy alegres, y en el mismo momento comprendió Verónica que había tomado la tapa de la estufa por una figura y el chirrido de la puerta mal cerrada por las palabras odiosas. Descompuesta por el miedo, no se pudo rehacer tan pronto que sus amigas no notasen su tensión y la palidez de su rostro descompuesto. Cuando hubieron mencionado todas las cosas alegres que tenían que contar, Insistieron con su amiga para que les dijera qué le pasaba, y Verónica no tuvo más remedio que confesar que se sentía acometida de ideas extrañas y que en pleno día invadía un terror a los espectros que no lo graba dominar. Contóles cómo viera en todos los rincones la figura de un hombrecillo que se burlaba de ella, hasta que las señoritas de Oster, in quietas, miraban a todas partes, y concluyeron por no estar a gusto.

Entró Francisca con el café humeante, y las tres se rieron de las tonterías que habían hablado. Angélica, así se llamaba la mayor de las de Oster, era novia de un oficial que estaba en la guerra y del cual no había tenido noticias hacía mucho tiempo; tanto, que ya habían llegado a temer que le hubieran matado o, por lo menos, herido gravemente. Esta idea había preocupado hondamente a Angélica; pero ya estaba tranquila en absoluto, de lo cual Verónica extrañóse no poco, y así se lo manifestó.

—Querida mía —dijo Angélica—, ¿crees tú que no quiero a mi Víctor y que no tengo siempre presente su imagen? Por eso precisamente estoy tan contenta y me siento tan feliz, pues mi Víctor está bueno y sano y pronto le veré de capitán de Caballería, adornado con las cruces ganadas por su valor. Una herida, no muy grave, en el brazo derecho, causada por un sablazo de un húsar enemigo, le impide escribir, y el

continuo cambio de residencia de su regimiento, que no quiere abandonar, le hace imposible darme noticias suyas; pero hoy por la noche recibirá la orden de ponerse en cura. Mañana emprenderá el camino hacia aquí, y cuando vaya a subir al coche tendrá noticia de su nombramiento de capitán.

—Pero, querida Angélica —dijo Verónica—, lo sabes todo.

—No te rías de mí, amiga mía—repuso Angélica—, porque si te ríes te hará guiños el hombrecillo detrás del espejo. Yo no puedo librarme de creer en ciertas cosas ocultas, que algunas veces han sido para mí más que visibles, y creo positiva mente que hay personas que poseen un don de vista especial que les permite poner en movimiento medios infalibles para averiguar todas las cosas. En esta ciudad hay una anciana que posee este don en alto grado. No echa las cartas como otras, ni profetiza con plomo derretido ni con flores de café, sino que hace ciertas preparaciones a las que dirige sus preguntas, tomando parte la persona interesada, y en un espejo pulimentado aparece una colección de figuras que la mujer va nombrando y que le responden a todas las preguntas que les dirige. Ayer tarde es tuve en su casa y me dio las noticias que acabáis de oír sobre mi Víctor, de las cuales no dudo ni un momento.

El relato de Angélica produjo impresión en el ánimo de Verónica, que pensó en seguida ir a consultar a la vieja sobre Anselmo y sus esperanzas. Supo que la buena mujer se llamaba la señora Rauerin y que habitaba en una calle apartada en la Seethor¹⁰, que se la podía ver los martes, miércoles y viernes desde las siete de la tarde, y además toda la noche, hasta el amanecer, y que recibía con más gusto a los clientes si iban solos. Era miércoles, y Verónica decidió ir a acompañar a las de Oster y después a buscar a la vieja. En cuanto se separó de sus amigas, que vivían en la ciudad nueva, en el puente del Elba, dirigióse volando a la Seethor. y a poco entraba en la calle indicada, a cuyo extremo vio una casita, en la que vivía la señora Rauerin. No pudo dominar cierta emoción al verse delante de la puerta. Repúsose al fin, a pesar de la inquietud que sentía, y llamó a la campanilla, abriéndose la puerta y metiéndose Verónica en un corredor oscuro que conducía a la escalera, que la llevó al piso superior, como le indicara Angélica.

—¿Vive aquí la señora Rauerin?—preguntó en el umbral de la puerta, sin ver a nadie.

En vez de respuesta sonó un prolongado maullido, y ante su vista presentóse un gatazo negro con el lomo erizado y la cola oscilante en alto, el cual la guió hasta la puerta de un aposento, que se abrió a otro estentóreo maullido.

¹⁰ En 1a ciudad vieja, no lejos del mercado antiguo.

—Hijita, ¿estás aquí ya? Entra..., entra.

Así habló una figura que se adelantaba, ante cuyo aspecto Verónica quedó como clavada en el suelo. Era una mujer flaca, envuelta en andrajos negros; al hablar movía la barbilla puntiaguda, abría una enorme boca sin dientes, a la que daba sombra una nariz parecida al pico de un ave de rapiña, y sonreía de un modo horrible, lanzando chispas de sus ojos de gato, cubiertos por unas grandes gafas. Llevaba un pañuelo de colorines a la cabeza, del que salían mechones de cabellos negros en marañados, y para hacer más espantoso su aspecto, tenía dos grandes quemaduras en la mejilla izquierda que le llegaban hasta la nariz.

Verónica quedóse sin respiración y quiso lanzar un grito, que se convirtió en un profundo suspiro, cuando la bruja le cogió con su mano sarmentosa para conducirla a un aposento interior. Allí todo era ruido y confusión: oíanse maullidos, chirridos, pitidos y gritos agudos. La vieja dio un puñetazo en la mesa y dijo:

—Quietos, canalla.

Los macacos treparon a lo alto del dosel de la cama, las ratas de Indias se escondieron detrás de la estufa, los cuervos revolotearon alrededor del espejo; sólo el gato negro, como si con él no fuera nada, permaneció tranquilo en una butaca, a la que saltara al entrar. Cuando todo quedó en silencio, Verónica cobró ánimos y no se encontró tan asustada como en el corredor; hasta la misma vieja le pareció menos repulsiva y tuvo va br para mirar lo que había en el aposento. Del techo colgaba toda clase de animales disecados; en el suelo veíanse infinidad de cacharros raros y desconocidos para ella, y en la chimenea ardía un fuego azulado y mortecino, que de cuando en cuando producía alguna chispa y retrocedía, haciendo que los asquerosos murciélagos que revoloteaban por el techo lanzasen gemidos casi humanos, que hicieron estremecerse a Verónica.

—Con permiso, señorita —dijo la vieja sonriendo; cogió un gran mosquero, y metiéndolo en una caldera, lo sacudió sobre la chimenea.

El fuego se apagó, y, lleno el aposento de humo negro, quedóse completamente a oscuras; la vieja sacó de una camareta una luz encendida y Verónica no vio más los bichos ni los cacharros, quedándose la habitación como cualquiera otra. La vieja se acercó a ella y le dijo con voz estridente:

—Ya se a lo que vienes, hija mía: quieres saber si te casarás con el estudiante Anselmo y si él llegará a ser consejero.

Verónica quedóse parada de asombro y terror, y la vieja continuó:

—Ya me lo has dicho todo en tu casa, con tu papá, cuando estaba delante de ti la cafetera; yo era precisamente la cafetera. ¿No me has conocido? Hijita, escucha: más vale que no pienses en Anselmo; es un villano, que ha pisoteado a mis hijas. a mis queridas hijitas las manzanitas coloradas, que cuando la gente las hubiera comprado habrían vuelto de nuevo a mi cesto. Y se entiende con el viejo, y anteayer me ha echado en la cara el auripigmento, con lo cual por poco me deja ciega. Mira las quemaduras, hijita; no pienses en él, déjalo. . . No te ama porque está enamorado de la serpiente dorada; no llegará a consejero porque se dedica a cuidar las salamandras y quiere casarse con la serpiente. No te ocupes de él, no te ocupes de él.

Verónica, que había recobrado su presencia de ánimo y vencido su miedo, echóse atrás un paso y dijo en tono decidido:

—Anciana: he oído hablar de tu habilidad para predecir el porvenir y quería que me dijeras, quizá pasándome de curiosa y de impaciente, si el estudiante Anselmo, a quien quiero bien, llegaría a ser mío. Si en vez de cumplir mi deseo quieres aturdirme con tus tonterías, haces muy mal, pues yo sólo, quiero saber lo que te he dicho. Sí, como parece, conoces mis pensamientos íntimos, te será mucho más fácil iluminarme y aclarar mis dudas; pero no me digas más tonterías acerca de Anselmo porque no quiero escucharte Buenas noches.

Verónica se disponía a salir, cuando la vieja cayó de rodillas delante de ella, y, gimiendo, exclamó, agarrándose al vestido de la joven:

—Verónica, ¿no conoces ya a la vieja Elisa, que tantas veces te ha tenido en sus brazos y te ha cuidado y te ha acariciado?

Verónica no daba crédito a sus ojos, pues había reconocido a su antigua criada, cambiada ahora por los años —sobre todo por las quemaduras—, y que desapareciera años atrás de casa del pasante. La vieja parecía otra en aquella época, pues llevaba en vez del pañuelo de colorines una cofia bonita, y en lugar de los harapos negros un traje de flores, con lo que resultaba muy bien vestida. Levantóse del suelo y continuó diciendo, al tiempo que cogía en sus brazos a Verónica:

—Aunque todo lo que te he dicho te parezca una tontería, desgraciadamente es cierto. Anselmo me ha hecho mucho daño, aunque en contra de su voluntad; ha caído en las manos del archivero Lindhorst, que quiere casarle con su hija. El archivero es mi mayor enemigo, y si te contara sus cosas no las comprenderías o te horrorizarías demasiado. Es un adivino y hechicero; pero yo soy una hechicera también. - - Ya veo

que quieres mucho al estudiante, y voy a procurar por todos los medios que seas feliz y que llegues a casarte con él como deseas.

—Pero, ¡por Dios, Elisa, dime!...—continuó Verónica.

—Calla, niña, calla —interrumpió le la vieja—: sé lo que vas a decir; he llegado a ser lo que soy porque así tenía que ser y no podía librarme de ello. Vamos, pues... Yo conozco el medio para que Anselmo se cure de su loco amor por la serpiente dorada y verde y vaya a caer en tus brazos convertido en consejero; pero has de ayudarme tú.

—Dime lo que he de hacer. Elisa, que te obedeceré ciegamente, pues amo a Anselmo con toda mi alma—repuso Verónica casi a media voz.

—Se —dijo la vieja— que eres muy valiente; nunca conseguía dormirte con el coco, pues en cuanto te lo decía abrías los ojos para verlo; ibas sin luz a los últimos rincones de la casa y metías miedo a los chicos de la vecindad poniéndote la bata de tu padre. Si te importa vencer al archivero Lindhorst valiéndote de mis artes, si tienes empeño en que Anselmo llegue a ser consejero y a casarse contigo, sal de tu casa, sin ser vista, la noche del equinoccio, a las once, y ven a buscarme; yo iré contigo a la encrucijada de los caminos que atraviesan el campo no lejos de aquí; llevaremos lo necesario, y no te choque nada de lo que veas por extraordinario que te parezca. Y ahora, hijita mía, buenas noches; papá te estará esperando con la sopa en la mesa.

Verónica salió corriendo, con la decisión firme de no faltar la noche del equinoccio, pues pensaba que Eli a tenía razón y que Anselmo había caído en manos de un hechicero; pero estaba segura de que le libraría y que podría llamar suyo para siempre al consejero Anselmo.

SEXTA VELADA

EL JARDÍN DEL ARCHIVERO LINDHORST CON SUS PÁJAROS—EL PUCHERO DE ORO—LA LETRA INGLESA CURSIVA—PATAS DE MOSCA INSULTANTES — EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS

“También puede ser —decía para sí el estudiante Anselmo— que el licor estomacal que tomé con tanta avidez en casa de Conradi fuese la causa de todas las fantasías que me acometieron a la puerta de la casa del archivero. Hoy no voy a tomar nada y veremos lo que me ocurre.”

Lo mismo que el primer día, metióse en el bolsillo los dibujos y los trabajos caligráficos, la tinta china, las plumas de ave bien afiladas, y cuando se disponía a salir

en dirección de la casa del archivero Lindhorst vio el frasquito con el líquido que le diera el mismo personaje. Todas las aventuras extraordinarias que le habían ocurrido volvieron a representársele con vivos colores, y sintió- se acometido de una sensación mezclada de alegría y dolor. Sin poderlo remediar, comenzó a decir en alta voz: ‘ ¿No voy a casa del archivero sólo por verte, adorada Serpentina?’ Se imaginó que Serpentina sería el premio de un trabajo grande y peligroso que había de emprender, y que este trabajo no era otro que las copias de los manuscritos del archivero Lindhorst. Estaba convencido de que en la puerta le ocurrirían otra vez las mismas cosas extrañas que el día anterior. No pensó más en la bebida de Conradi, sino que se metió en el bolsillo el frasquito, con intención de seguir al pie de la letra las instrucciones del archivero si la vieja vendedora de manzanas comenzaba de nuevo a hacerle gestos. En efecto, cuando al sonar las doce quiso coger el llamador, las narices afiladas le amenazaron y le miraron los brillantes ojos de gato; pero él cogió el frasquito que llevaba en el bolsillo, y sin pensarlo más arrojó su contenido en la cara burlona, que en el momento se alisó y suavizó, volviendo a su estado de llamador corriente. La puerta se abrió; la campanilla resonó alegremente en toda la casa, tilín, tilín, tilín. Subió la hermosa y amplia escalera y aspiró con delicia el olor raro del humo que inundaba la casa. Indeciso, quedóse parado en el recibimiento, sin saber a cuál de las puertas dirigirse, cuando apareció el archivero envuelto en una bata de damasco y dijo:

—Cuanto me alegro, Anselmo, de que al fin haya usted cumplido su palabra; sígame usted, que le voy a llevar al cuarto de trabajo.

Echó a andar por el amplio recibimiento y abrió una puertecilla lateral que daba a un pasillo. Anselmo entró en él tras el archivero; llegaron a una sala, o más bien a un invernadero, que desde abajo hasta arriba estaba lleno de las plantas más raras y de grandes árboles con hojas y flores de formas extrañas. Una luz mágica lo iluminaba todo, sin que se supiera de dónde salía, pues no había ventana alguna. Cuando el estudiante Anselmo estuvo entre las plantas y los árboles parecióle que los paseos se extendían a gran distancia. Entre los oscuros cipreses distinguió estanques de mármol, de los que salían figuras fantásticas, haciendo brotar rayos de cristal, que al caer se estrellaban con los cauces de los lirios; en el bosque, inundado de aromas embriagadores, escuchábanse voces extrañas. El archivero había desaparecido, y Anselmo vio delante de sí un arbusto gigantesco de azucenas rojas, que con su aroma mezclado con los otros, unido a la contemplación de todas aquellas maravillas, le dejó como extasiado. De pronto comenzó a oír risas sofocadas y vocecillas que, burlonas, decían: “Señor estudiante, señor estudiante: ¿de dónde viene usted? ¿Por qué se ha puesto tan majo, señor Anselmo? ¿Quiere usted charlar con nosotros de cómo la

abuela aplastó un huevo con la espalda y el gentilhomme se echó una mancha de tinta en el traje de los domingos? ¿Se sabe usted ya de memoria el aria nueva compuesta por el papá Starmartz? Está usted muy postinero con su peluca de cristal¹¹ y las botas altas de papel de cartas.” De todos los rincones salían las mis mas palabras burlonas, aturdiendo al estudiante, que de pronto se dio cuenta de que estaba rodeado de toda clase de pájaros, que se reían de él sin compasión. En el mismo momento vio avanzar el arbusto de las azucenas rojas, que resultó ser el archivero Lindhorst, al que había confundido a causa de su bata de flores encarnadas y amarillas.

—Perdóneme, Anselmo —dijo el archivero—, que le haya dejado solo; pero es que al pasar me he fijado en el cactus, que esta noche va a abrir sus flores. . . ¿Le gusta a usted mi jardín?

—Es precioso sobre toda ponderación, querido señor archivero—respondió el estudiante—; pero los lindos pájaros se han burlado no poco de mi pequeñez.

—¿Qué significa esto? —exclamó el archivero indignado, dirigiéndose a la espesura.

Entonces salió un gran papagayo gris, y colocándose en una rama de mirto junto al archivero y mirándole muy serio a través de unos lentes que tenía colocados en el pico, dijo con voz ronca:

—No lo tome a mal, señor archivero; mis chicos han sido un poco locos y desvergonzados; pero el señor estudiante ha tenido parte de culpa, pues...

—¡A callar, a callar! —interrumpióle el archivero.... Conozco a los sinvergüenzas; pero los debes tener mejor acostumbrados, amigo mío. Vamos adelante, Anselmo.

El archivero le condujo a través de una porción de aposentos alhaja dos de un modo extraño, sin que el estudiante pudiese, en la prisa con que los atravesaban, más que hacerse una ligera idea de sus muebles y adornos. Al fin llegaron a una habitación grande, en la cual el archivero quedóse parado con la vista en el techo, y Anselmo tuvo tiempo de contemplar el aspecto de aquel salón, sencillamente adornado. De las paredes, azul cielo salían los troncos de unas palmeras bronceadas, cuyas hojas, brillantes como esmeraldas, formaban bóveda en el techo; en medio del aposento, sobre tres leones egipcios bronceados, descansaba una plancha de pórfido, en la cual se veía un sencillo puchero de oro, del cual Anselmo no lograba apartar la vista. Parecíale que en su superficie pulida se reflejaban toda clase de figuras, . . . : hasta llegó a verse a sí mismo, con los brazos abiertos, junto al saúco. Serpentina se deslizaba de

¹¹ Peiucas hechas con pelos finísimos de cristal.

un lado para otro, mirándole con sus ojos divinos. Anselmo sintióse fuera de sí de entusiasmo.

—¡Serpentina! ¡Serpentina! —exclamó en alta voz.

-El archivero Lindhorst volvióse hacia él y dijo:

—¿Qué le ocurre a usted, querido Anselmo? Me ha parecido oír que llamaba usted a mi hija, que precisamente está al otro extremo de la casa dando lección de piano. Venga usted conmigo.

Anselmo siguió al archivero casi sin saber lo que hacía, y no oyó ni vio más hasta que se sintió cogido de la mano por el dueño de la casa, que le dijo:

—Ya estamos en el sitio preciso.

El estudiante despertó como de un sueño, y vio que estaba en una habitación rodeada de estantes de libros, que no era ni más ni menos que cualquier biblioteca corriente. En el centro había una gran mesa de trabajo, y delante de ella un sillón tapizado.

—Este será en lo sucesivo su cuarto de trabajo —dijole el archivero—. No sé si luego trabajará usted en la biblioteca azul, donde tan de repente se ha puesto a nombrar a mi hija...; pero ahora quiero ver sus habilidades y si es usted capaz de darme gusto en la obra que va a emprender.

El estudiante alegróse mucho, y con cierta suficiencia sacó sus dibujos y sus trabajos caligráficos con la convicción de que el archivero había de quedar satisfecho de sus talentos. Apenas el buen señor cogió la primera hoja, una muestra de elegante letra inglesa, comenzó a sonreír de un modo especial y a mover la cabeza a un lado y otro. Lo mismo ocurrió con la hoja siguiente; tanto, que al estudiante se le subió la sangre a la cabeza, y cuando la risa del otro se hizo francamente burlona, dijole de mala manera:

—El señor archivero no parece muy satisfecho con mis talentos.

—Querido Anselmo —respondióle el archivero Lindhorst—: tiene usted condiciones para el arte de la pluma; pero veo que he de contar más con su aplicación, con su buena voluntad, que con su costumbre. Quizá consista en los malos materiales de que se ha servido.

El estudiante habló de su arte en la caligrafía y de su habilidad manejando la pluma de ave y la tinta china. El archivero le alargó la hoja de letra inglesa diciéndole:

—Juzgue por sí mismo.

Anselmo quedó como herido por el rayo cuando vio su manuscrito en aquel estado tan lastimoso: no había ningún perfil ni ningún grueso en los rasgos; las letras mayúsculas no se distinguían de las minúsculas, y una multitud de patas de mosca estropeaban las líneas.

—Y además —díjole el archivero— la tinta tampoco es buena.

Mojó el dedo en un vaso de agua y lo pasó por encima de las letras, con lo cual desaparecieron por completo. Al estudiante Anselmo le parecía que un monstruo le estaba apretando la garganta..., no pudo articular palabra. Quedóse de pie con la malhadada hoja en la mano; pero el archivero, sonriendo, le dijo:

—No se preocupe por eso, querido Anselmo; lo que no ha hecho hasta aquí quizá lo haga ahora, puesto que ha de disponer de mejores materiales de los que ha empleado antes. Empiece su trabajo con confianza.

El archivero sacó una masa líquida, negruzca, que esparció un olor especial; unas plumas de color raro muy afiladas y una hoja de una clase y un brillo particulares; después extendió ante la vista del estudiante un manuscrito árabe que estaba encerrado en un armario, y en cuanto Anselmo se puso a trabajar, salió de la habitación. Ya había el estudiante copiado algunos manuscritos árabes, así es que la primera parte del trabajo no le pareció difícil de descifrar: “Dios sabe, y el archivero también, cómo han ido a parar las patas de mosca a mis muestras de letra inglesa —díjose a sí mismo—, porque yo estoy tan seguro de que no son de mi mano como de que me he de morir.”

Con las palabras que veía bien escritas en el pergamino animóse y aumentó su destreza. Realmente escribía con gran facilidad, y la tinta misteriosa cubría la hoja blanca del pergamino con los rasgos, negros como el ala del cuervo. Mientras trabajaba diligente y atento, pareciale cada vez más escondido el cuarto solitario en que se hallaba; y cuando más ensimismado se encontraba en la obra, que creta poder acabar felizmente, sonaron las tres, y se presentó el archivero llamándole para que se sentara con él a la mesa en una habitación contigua.

Mientras comían, el archivero Lindhorst mostróse de muy buen humor; preguntó a Anselmo por sus amigos el pasante Paulmann y el registrador Heerbrand, y le contó cosas graciosas del último. El vino viejo del Rin agradó mucho a Anselmo, prestándole su locuacidad de lo que era corriente en él. Al dar la cuatro levantóse para reanudar su trabajo, y esta puntualidad agradó sobremanera al archivero. Si antes

de comer la copia del manuscrito árabe le había sido fácil, ahora lo hacía con tanta soltura y ligereza que casi le parecía imposible cómo comprendía y trazaba los signos extraños. Creía oír en lo profundo de su ser una voz que le decía: “¡Ah! ¿Podrías hacer lo que haces si no fuera porque la llevas en el pensamiento y en el corazón y porque crees en su amor?” Luego creyó escuchar un ligero rumor de campanillas de cristal, que resonaba por todo el cuarto y en el que distinguía estas palabras: “Estoy a tu lado, cerca muy cerca...; yo te ayudo..., ten ánimo...; se constante, querido Anselmo...; yo hago cuanto puedo para que seas mío.” Y al tiempo que se sentía encantado con aquellas palabras, los signos desconocidos le eran más familiares —casi no necesitaba mirar al original—, como si ya estuvieran escritas en el pergamino y sólo tuviera que pasar la pluma por encima. Así estuvo trabajando, animado con los sonidos agradables y como envuelto en un hálito dulcísimo, hasta que el reloj dio las seis y el archivero Lindhorst entró en el cuarto. Acercóse a la mesa son riendo de un modo raro; Anselmo se puso de pie sin decir nada: el archivero dirigió la vista a las hojas sin abandonar su risita irónica: pero en cuanto vio lo escrito, convirtiéndose ésta en una gran seriedad, que le contrajo todos los músculos de la cara. No parecía el mismo. Los ojos, que siempre brillaban con destellos de fuego, miraron a Anselmo con dulzura indescriptible. Un ligero rubor extendióse por las pálidas mejillas, y en vez de la ironía que solía apretar su boca, los labios se abrieron para pronunciar palabras amables. Toda la figura adquirió mayor tamaño, más distinción; la amplia bata le caía como un manto real. plegándose majestuosamente en el pecho y en los hombros, y en los blancos rizos que caían sobre su noble frente entrelazábase una diadema de oro.

—Joven —comenzó a decir el archivero en tono grave—, joven: antes de lo que tú supones he sabido yo los lazos secretos que te unen a lo que yo más quiero... Serpentina te ama, y un destino fatal, cuyos hilos manejan fuerzas enemigas, ha de cumplirse antes de que sea tuya y recibas el puchero de oro, que es su patrimonio. En la lucha has de encontrar el premio. Ante ti se amontonarán los enemigos, y sólo la fuerza interna con que resistas las tribulaciones pueden librarte de sucumbir. El tiempo que trabajes aquí será tu aprendizaje; la fe y la ciencia te han de conducir a tu objeto si con firmeza perseveras en la obra que vas a comenzar. Se fiel en tu cariño a la que te ama y lograrás llegar a contemplar las maravillas del puchero de oro y a ser feliz para siempre. Adiós, el archivero Lindhorst te espera mañana en el despacho... Adiós. El archivero condujo a Anselmo tranquilamente hasta la puerta, que se cerró tras sí, encontrándose en la habitación en que habían comido y cuya única puerta daba al vestíbulo. Atontado por las apariencias maravillosas permaneció el estudiante parado a la puerta de la casa, sintiendo que se abría una ventana, y al mirar para arriba vio al

archivero LindhOrst con su vestidura, gris, como lo viera en otra ocasión, y que le gritaba:

—Querido Anselmo: ¿por qué está usted tan pensativo? ¿Es que aún tiene en la cabeza los signos árabes? Salude al pasante Paulmann, si va usted por su casa, y vuelva mañana a las doce en punto. Los honorarios de hoy los encontrará en el bolsillo derecho de su casaca.

El estudiante encontró, efectiva mente, el ducado en el bolsillo dicho, de lo cual no se alegró mucho. “Yo no sé lo que resultará de todo esto—díjose a sí mismo—; si todo lo que veo son fantasmas y quimeras, lo cierto es que en el fondo de mi alma vive y alienta Serpentina, y antes de abandonarla prefiero la muerte, pues estoy seguro de que eternamente he de pensar en ella y no han de borrar su imagen todos los enemigos del mundo, porque su amor es mío.”

SÉPTIMA VELADA

DE CÓMO EL PASANTE PAULMANNSACUDIÓ LA PIPA Y SE FUE A LA CAMA — REMBRANDT Y BRUEGHEL ¹²—EL ESPEJO ENCANTADO Y LA RECETA DEL DOCTOR ECKSTEIN CONTRA UNA ENFERMEDAD DESCONOCIDA

Finalmente, el pasante Paulmann sacudió la pipa, diciendo:

—Ya es hora de irse a descansar.

—Es verdad —respondió Verónica, a la que tenía un poco inquieta la larga permanencia del padre en la sala, pues ya eran las diez dadas.

Apenas estuvo el pasante en su cuarto y Francisca dio señales de estar dormida, Verónica, que se había metido en la cama para despistar, se levantó con sigilo, vistióse, se en volvió en una capa y salió de la casa.

Desde el momento en que Verónica dejó a la vieja Elisa no hizo más que pensar en Anselmo, y le parecía que una voz interior le repetía que su alejamiento dependía de una persona enemiga de ella que lo tenía sujeto y cuya fuerza podría destruir Verónica por medios ocultos. Su con fianza en la vieja Elisa era mayor cada día, y la impresión de terror y de espanto desvanecía cada vez más; tanto, que todo lo extraño de sus relaciones con la vieja le hacia el efecto de una cosa que sólo estaba fuera de lo vulgar,

¹² Los dos pintores flamencos Rembrandt Harmons von Ryn (606-69) y Pedro Brueghel (1565-1625), llamado Brueghel del Infer no por las escenas que pintara.

con mucho de romántico, y que, por tanto, le atraía con mis fuerza. Por esta razón decidióse desde luego, aun a trueque de correr algún peligro, a ir al encuentro de la vieja en la noche del equinoccio y correr la aventura, venciendo toda clase de dificultades que pu dieran surgir. Por fin, llegó la noche fatal en que la vieja había de proporcionar a Verónica los medios para calmar sus ansias, y la muchacha esperaba impaciente que se acercase la hora de acudir a la cita, alegrándose grandemente cuando logró escapar de su casa. Como una flecha recorrió las calles solitarias, sin parar mientes en la tormenta que se cernía en el espacio ni en las gotas de agua que le mojaban la cara. Con sonido tenebroso, dio el reloj las once en el momento en que Verónica, completamente mojada, llamaba a la puerta de la vieja.

—¡Queridita. . ., querida! ¿Ya estás aquí? ¡Espera..., espera!—gritó desde arriba, y a poco apareció en la calle con un cesto bien repleto y acompañada del gato—. Vamos, y haremos todo lo que sea útil y necesario en esta noche, que ha de coronar de éxito nuestros trabajos.

Así hablando, tomó de la mano a Verónica, a la que hizo cargar con el cesto, mientras ella cogía una caldera, unas trébedes y una pala. Cuando llegaron al campo ya no llovía; pero la tormenta era más fuerte y sonaba en el aire con ruido espantoso. Un lamento terrible salía de las nubes, que se agrupaban, sumiendo todo en la más absoluta oscuridad. La vieja andaba de prisa y exclamaba con voz estridente:

—¡Brilla. . ., brilla, hijo mío!

Entonces los relámpagos lucían se entrecruzaban, y Verónica vio como el gato saltaba delante de ellas lanzando chispas, y oyó su maullido agudo en un momento en que la tormenta amainó. La respiración le faltaba; parecía que unas garras de fuego le oprimían la garganta; pero logró rehacerse, y agarrándose a la vieja exclamó:

—Ahora haremos todo lo que sea preciso, y ocurra lo que quiera.

—Muy bien, hija mía —repuso la vieja—; se constante, y al fin lograrás algo bueno y conseguirás el amor de Anselmo.

Luego se calló, y al cabo de un rato dijo:

—Ya estamos en el sitio preciso.

Abrió un agujero en el suelo, lo llenó de carbón, colocó encima las trébedes y en ellas la caldera. Todo ello acompañado de gestos extraños y con el gato dando vueltas a su alrededor con la cola erizada, de la que salía un círculo de chispas de fuego. A poco

los carbones comenzaron a arder y no tardaron en salir las llamas azuladas por debajo de las trébedes. Verónica tuvo que quitarse el velo y la capa para agacharse junto a la vieja, que le cogió las manos, apretándoselas fuertemente y mirándola a los ojos sin pestañear. Las cosas raras que la vieja echara en la caldera —flores, metales, hierbas, animales, no se sabía distinguir bien— comenzaron a derretirse y a hervir. La vieja soltó la mano de Verónica y cogió una cuchara de hierro, con la que meneó la masa extraña, mientras la joven, por orden suya, fijaba sus miradas en la caldera pensando en Anselmo. Luego echó más metales en la caldera, juntamente con un rizo de Verónica y un anillo que llevaba puesto hacía mucho tiempo, lanzando gritos, que sonaban de un modo lúgubre en el silencio de la noche, mientras el gato maullaba y corría sin cesar de un lado para otro.

Quisiera, caro lector, que hubieses estado de viaje hacia Dresde el día 23 de septiembre; en vano tratarías de arrancar de la última parada si la noche se había echado encima; el hostelero te dice que llueve mucho y que amenaza tormenta, y, sobre todo, que es peligroso viajar en la noche equinoccial. Si no le haces caso y dices: “Bueno, yo daré un duro de propina al postillón si me lleva a Dresde antes de la una, pues me es para una buena comida en el Golden Engel o en Helm”, quizá le decidas a ponerse en camino.

Marchando a través de la oscuridad, ves de repente, a lo lejos, unas luces extrañas. Te acercas, y distingues un círculo de fuego y en medio una caldera de la que sale humo espeso, y chispas y rayos rojos, y junto a ella dos figuras humanas. El camino pasa precisamente por donde está la hoguera; pero los caballos se espantan y se encabritan... El postillón jura y reza. . . y fustiga a los caballos, que no se mueven: Sin poderlo remediar, saltas del coche y adelantas unos pasos. Entonces distingues con claridad a la esbelta joven, que en traje de noche, blanco, se arrodilla junto a la caldera. La tormenta ha destrenzado su cabello, que flota al viento en desorden. Completamente iluminado por el fuego cegador que sale de debajo de las trébedes aparece el rostro angelical empalidecido por el terror, que todo lo hiela; en la mirada sin expresión, en las cejas arqueadas, en la boca abierta, como queriendo lanzar un grito de muerte, que sin embargo no logra arrancar de su pecho, invadido de indecible tortura, se pinta el terror, el espanto; las manecitas, cruzadas, dirígense hacia el cielo, como implorando al Ángel de la Guarda para que la proteja contra los monstruos del infierno, que, obedeciendo a un conjuro poderoso, han de presentarse en seguida.

Allí está, inmóvil como una estatua de mármol. Frente a ella, acurrucada en el suelo, una mujer larga y seca, de color de cobre, con narices de ave de rapiña y brillantes ojos de gato. De debajo del manto negro que la envuelve salen los brazos sarmentosos

que menean el cocimiento infernal, y riendo grita a la joven con voz chillona, que sobre sale del ruido de la tormenta.

Yo creo, lector querido, que aun que no conozcas el miedo no podrías por menos de sentir erizársete el cabello ante la contemplación de un cuadro vivo digno del pincel de Rembrandt o del de Brueghel. Tu mirada no lograría apartarse de la infeliz joven presa en las redes infernales, y la conmoción eléctrica que sentirías en todos tus miembros y nervios te inspiraría la idea de desafiar el círculo de fuego; con ella desaparecerían tu miedo y tu terror, que puede decirse serían los productores de tan arriesgado pensamiento. Te parecería que eras el ángel protector de alguna joven condenada a muerte que implorase auxilio, y se te ocurriría sacar la pistola y descerrajar un tiro a la vieja sin más preámbulo. Pensando en esto, gritas: “¡Hola! ¿Qué es eso?”, o bien: “¿Qué os pasa?”

El postillón toca el cuerno; la vieja se hace una bola dentro de la caldera, y todo desaparece en una humareda espesa. Si has encontrado a la joven a la cual buscabas ávida mente en la oscuridad, no lo sé; pero lo cierto es que habrás desecho al fantasma de la vieja y que habrás librado del encanto a Verónica.

Pero ni tú ni nadie pasó el día 23 de septiembre por la noche, en medio de la tormenta, por el camino embrujado, y Verónica tuvo que permanecer junto a la caldera, muerta de miedo, hasta que se finalizase la obra. Oía perfectamente el estruendo que resonaba en derredor suyo, las voces que, riñendo, mugían y gritaban; pero no abría los ojos, pues comprendía que la contemplación de los honores que la rodeaban le hubiera hecho perder el sentido irremisiblemente. La vieja había cesado de menear el contenido de la caldera; la humareda se hacía menos espesa, hasta que al fin sólo quedó debajo del fondo de aquélla una lla mita como de espíritu de vino. Entonces la vieja exclamó:

—¡Verónica, hija mía, querida mía, mira al fondo!.. ¿Qué ves?..¿Qué ves?...

Verónica no estaba en estado de responder, pareciéndole que en la caldera se movían toda clase de figuras mezcladas, que poco a poco fuéronse haciendo más distintas, y al fin salió, alargándole la mano y son riendo alegremente, el estudiante Anselmo. Entonces Verónica dijo en alta voz:

—¡Ah, Anselmo..., Anselmo!

La vieja abrió una espita que tenía la caldera y el metal hirviente salió chirriando y crepitando al caer en una forma que estaba preparada allí mismo. La vieja se levantó de un salto, y con gestos salvajes, horribles, danzando en círculo, comenzó a gritar:

—¡Ya está la obra terminada!... ¡Gracias, hijos míos..., habéis vigilado bien!... ¡Huy..., huy..., ya viene!.. - ¡Matad de un mordisco..., matadle!

En el aire sonó un ruido como si se cerniera un águila gigantesca agitando con fuerza las alas, y se oyó una voz terrible que decía: “¡Canalla!... ¡Fuera de aquí..., a casa..., a casa! La vieja se tiró al suelo aullando y Verónica perdió el sentido.

Cuando volvió en sí era muy de día; estaba en su cama, y Francisca a su lado con una taza de té en la mano y diciéndole:

—Vamos, hermana, dime lo que te pasa, que hace más de una hora que estoy aquí y tú no me atiendes, como si tuvieras el conocimiento perdido por la fiebre y nos tienes en gran cuidado. Padre no ha ido a clase a causa de tu estado y ha salido a buscar al médico.

Verónica tomó el té en silencio, y mientras lo tomaba tenía ante la vista todas las terribles imágenes de la noche anterior. “¿Habrás sido lodo un sueño que me ha atormentado?... Pero yo estoy segura de haber ido anoche a casa de la vieja Elisa, y estábamos a 23 de septiembre. ¿Será que ayer me pusiera enferma y todo es producto de la fiebre? Entonces es que me ha enfermado el pensar constantemente en Anselmo y en la hechicera que se ha fingido la vieja Elisa para engañarme.”

Francisca, que había salido de la habitación, volvió a entrar con la capa de Verónica chorreando agua.

—Mira, hermana —dijo—, lo que ha pasado esta noche: se ha abierto la ventana con la tormenta; el viento ha derribado la silla en que estaba tu capa y el agua que ha entrado la ha puesto completamente mojada.

Aquello impresionó profundamente a Verónica, que vio bien claro que no soñara, sino que en realidad había estado con la vieja. El miedo y el espanto se apoderaron de ella, y el frío de la fiebre la hizo temblar. Temblando arropóse con la cubierta de la cama, y sintió que una cosa dura tropezaba contra su pecho, y al tratar de averiguar lo que era, vio un medallón al parecer; lo sacó cuando Francisca se fue con la capa, y resultó ser un espejito de metal pulimentado. “Esto es un regalo de la vieja”, dijo para sí, y le pareció que del espejo salían rayos de fuego, que penetraban en su ser y le producían inefable bienestar. El frío de la fiebre desapareció y sintióse perfectamente. Sólo se le ocurría pensar en Anselmo, y cuanto más pensaba en él veía representarse su imagen en el espejito como si fuera una miniatura viva. De pronto le pareció no ver la imagen..., no..., sino al mismo estudiante en persona. Estaba sentado en un aposento adornado de una manera extraña, escribiendo con afán. Verónica sentía deseos de

dirigirse a él, diciéndole: “Anselmo, mire en derredor suyo, estoy a su lado.” Pero no lo hizo porque sintió como si le rodease una gran hoguera; y cuando Verónica pudo volver a verle, sólo distinguió grandes libros con cantos dorados. Al fin, sin embargo, logró hacerse ver de Anselmo, y entonces creyó que la veía después de estar pensando en ella, pues se sonrió y dijo: “¡Ah! ¿Es usted, querida señorita de Paulmann? ¿Por qué toma usted el aspecto de una serpiente algunas veces?” Verónica se echó a reír ante aquellas palabras; y entonces despertó como de un profundo sueño, escondiendo rápidamente el espejito al ver que se abría la puerta y entraban en la habitación su padre con el doctor Eckstein. Este se dirigió en seguida a la cama, tomó el pulso a Verónica muy pensativo y dijo:

—¡Hum..., hum!...,

Luego extendió una receta, volvió a tomarle el pulso, repitió el “¡Hum... hum...!” y dejó a la enferma. De las expresiones del doctor Eckstein no pudo sacar en consecuencia el pasante Paulmana lo que le ocurría a su hija Verónica.

OCTAVA VELADA

LA BIBLIOTECA DE LAS PALMERAS—SUERTE DE UNA SALAMANDRA DES GRACIADA—DE CÓMO LA PLUMA NE CRA ACARICIÓ A UNA ZANAHORIA Y EL REGISTRADOR HEERBRAND TOMÓ UNA GRAN BORRACHERA

El estudiante había trabajado varios días en casa del archivero Lindhorst; las horas de trabajo eran para él las más felices de su vida, pues siempre rodeado de las palabras armoniosas y consoladoras de Serpentina, acariciado a veces por un hálito suave, sentíase invadido de un bienestar que a ratos llegaba a una verdadera delicia. Los cuidados y preocupaciones diarios desaparecían para él. y la nueva vida, en que se internaba como en un mundo iluminado por el sol, le hacía comprender todas las maravillas que en otra ocasión le habrían hecho asombrarse y cavar. Las copias adelantaban mucho, pareciéndole que sólo escribía rasgos conocidos sobre el pergamino, sin tener necesidad apenas de mirar al original para hacerlo con más facilidad. Aparte las horas de comer, el archivero Lindhorst dejábase ver rara vez; pero siempre aparecía en el preciso momento en que terminaba un manuscrito, para entregarle otro, y se marchaba sin decir una palabra, después de haber meneado la tinta con un palito negro y de substituir las plumas usadas por otras nuevas y muy afiladas. Un día en que Anselmo, a las dos en punto, subía por la escalera encontróse

cerrada la puerta por la que solía entrar, y el archivero apareció por el lado opuesto con la bata de flores de colorines. En alta voz le dijo:

—Hoy, querido Anselmo, tiene que entrar por aquí, pues tenemos que ir al aposento en que esperan los críticos de Bhogovotgitas¹³.

Echó a andar por el corredor, guiando a Anselmo a través de los mismos aposentos y salones por donde pasaran la vez primera.

El estudiante Anselmo maravillóse nuevamente de la magnificencia del jardín; pero vio con asombro que algunas de las flores raras que adornaban los oscuros arbustos eran insectos de colores vivos que agitaban las alas y subían y bajaban danzando y pareciendo que se acariciaban con los aguijones. Por el contrario, los pájaros color de rosa y azules eran flores olorosas. el aroma que esparcían salía de sus cálices en una especie de sonido agradable, que se confundía y mezclaba en armoniosos acordes con el murmullo de las fuentes lejanas y con el susurro de las hojas de los arbustos y de los árboles, que producía una inquietud dolorosa. Las urracas, que tanto se burlaron de él la primera vez, volvieron a revolotear en derredor de su cabeza, gritando sin cesar con sus vocecillas chillonas: “Señor estudiante..., no corra tanto...; no vaya mirando a las nubes... que se va a caer de narices... ¡Eh!... ¡Eh, señor estudiante!... Póngase la bata..., el padre buho te rizará el tupé.” Y así continuaron diciendo tonterías hasta que Anselmo salió del jardín. El archivero Lindhorst entró al fin en el salón azul cielo; el pórfito con el puchero de oro había desaparecido, y en su lugar veíase una mesa cubierta de terciopelo violeta, en la que Anselmo descubrió los conocidos utensilios de escribir, y ante ella un sillón.

—Querido Anselmo —dijo el archivero—: ha copiado usted ahora una porción de manuscritos con gran habilidad y prontitud y a completa satisfacción mía; se ha ganado mi confianza. Pero aún queda por hacer lo más importante, que es copiar, o, mejor dicho, calcar, ciertas obras escritas en signos especiales que guardo en este recinto y que tienen que ser copiadas aquí mismo. En lo sucesivo trabajará usted aquí; pero debo advertirle que necesita tener un gran cuidado, pues una equivocación o, lo que el cielo no permita, un borrón en el original le traería a usted una desgracia.

Anselmo observó que de las ramas de las palmeras salían unas hojitas verde esmeralda; el archivero cogió una de ellas, y a Anselmo le pareció verla convertirse en un rollo de pergamino, que el archivero des envolvió y puso encima de la mesa. El estudiante maravillóse no poco de los signos entrelazados de manera extraña y de los

¹³ Bhagavad-Gita, el Amor santo o el Amor de la Divinidad es el título de una poesía filosófico-religiosa india inspirada en un episodio de la gran epopeya mahabharata.

puntitos, rasgos y adornos, que representaban plantas, musgos, animales, y casi se sintió incapaz de llegar a copiarlo bien, quedándose un rato pensativo.

—¡Ánimo joven! —exclamó el archivero—. Si crees firmemente y amas de verdad. Serpentina te ayudará.

Su voz tenía un sonido metálico, y cuando Anselmo levantó la cabeza, sobrecogido de miedo, vio ante sí al archivero Lindhorst con los atavíos reales, como se le apareciera en la primera visita a la biblioteca. El estudiante sintió impulsos de caer de rodillas ante aquella respetable figura; pero de repente ésta se subió en el tronco de una palmera y desapareció entre las hojas verde esmeralda.

El estudiante Anselmo comprendió que le había hablado el príncipe de las tinieblas, yéndose luego a su cuarto de trabajo para conferenciar con los rayos que algunos planetas enviaban como embajadores, sobre la suerte suya y la de Serpentina. “También puede ser —continuó pensando— que le esperen noticias de las fuentes del Nilo o que le visite algún mago de Laponia... A mí no me corresponde más que ponerme a ha- bajar con afán.” Y se puso a estudiar los signos enrevesados del pergamino.

La música maravillosa del jardín resonaba en derredor suyo, inundándole de aromas deliciosos; también oía a las urracas charlar, aunque no podía distinguir sus palabras, de lo cual se alegraba. A ratos parecía que se agitaban las hojas esmeraldinas de las palmeras y que luego brillaban por toda la habitación las campanillas de cristal que oyera aquel famoso día de la Ascensión debajo del saúco. El estudiante Anselmo, reconfortado con aquellos sonidos y aquellas imágenes, trabajaba con atención creciente en descifrar el pergamino, advirtiendo en su interior que las palabras no podían significar otra cosa que “del casamiento de la salamandra con la serpiente verde”.

En el mismo momento oyóse un triple sonido de campanillas de cristal. “Anselmo, querido Anselmo”, escuchóse entre las hojas, y, ¡oh maravilla!, del tronco de la palmera se separó la serpiente verde.

—¡Serpentina! ¡Querida Serpentina! —exclamó Anselmo como loco de entusiasmo.

Y conforme la miraba la veía convertirse en una joven de ojos azul oscuro, como los que él contemplaba en su interior, que le miraba con una expresión indescriptible de ansiedad y se dirigía hacia él. Las hojas se bajaron y se ensacharon; por todos los troncos asomaron pinchos; pero Serpentina escurrióse y se deslizó a través de ellos, envolviéndose en su vestidura de colores chillones de modo que, adhiriéndola

perfectamente a su esbelto cuerpo, no quedase nada enganchado entre los pinchos de las palmeras. Se sentó junto a Anselmo en el mismo sillón, rodeándole con su brazo y estrechándose contra él, de modo que sentía el aliento en sus labios y el calor eléctrico de su cuerpo.

—Querido Anselmo —comenzó a decir Serpentina—, ya eres casi mío. Por tu fe y tu amor me has ganado, y te traigo el puchero de oro, que nos ha de dar eterna felicidad.

— ¡Oh, querida, adorada Serpentina! —repuso Anselmo—. Si te tengo a ti, poco me importa lo demás; si tú eres mía, penetraré de buena gana en todo lo fantástico y maravilloso que me rodea desde el primer momento en que te vi.

—Ya sé —continuó Serpentina— que lo desconocido y maravilloso con que mi padre te ha inquietado por divertirse te ha producido miedo y terror: pero yo creo que esto no volverá a ocurrir, pues he venido para contarte punto por punto todo lo que debes saber para conocer por completo a mi padre, y, sobre todo, para que te des cuenta exacta de su situación y la mía.

A Anselmo le parecía que estaba cercado por la amable aparición y que no podía moverse sin ella y que el latido de su pulso era precisa mente el que hacía estremecerse sus nervios y sus fibras; escuchaba sus palabras, que le llegaban a lo más profundo del alma, como una luz brillante encendida dentro de él por el mismo cielo. Tenía el brazo puesto sobre su cuerpo, más esbelto que todos los esbeltos; pero la tela brillante y reluciente de su traje era tan escurridiza, tan suave, que daba la sensación de que se le iba a escapar de entre las manos sin que le fuera posible detenerla, y sólo aquella idea le hacía estremecer.

—¡No me abandones, querida Serpentina! —exclamó involuntariamente—. ¡Eres mi vida!

—Hoy no me marcharé —dijo Serpentina— sino después de haberte contado todo lo que puedas comprender en tu amor hacia mí, has de saber, amado mío, que mi padre procede de la especie maravillosa de las salamandras y que yo debo mi vida a sus amores con la serpiente verde. En tiempos remotos reinaba en el reino de Atlantis el poderoso príncipe de las tinieblas, Fósforo, al que servían todos los espíritus elementales. Una vez fue la salamandra, a la que quería más que a ninguno —era mi padre—, al magnífico jardín que la madre de Fósforo había adornado, y paseándose por él oyó a una azucena que cantaba con voz suave: “Cierra los ojos hasta que mi amado, el viento de la mañana, te despierte.” Acercóse; con su aliento abrasador mustió las hojas de la azucena, y vio a la hija de ésta, la serpiente verde, que dormía en

el cáliz de la flor. La salamandra enamoróse súbitamente de la hermosa serpiente y se la robó a la azucena, cuyo aroma esparcióse por todo el jardín lanzando lamentos y llamando a la hija perdida. La salamandra llegó al palacio de Fósforo y le dijo: “Cásame con mi amada, que ha de ser mía para siempre.” “¿Qué pretendes? —dijo el príncipe de las tinieblas—. Has de saber que una vez la azucena fue mi amada y reinó conmigo; pero la chispa que yo vertí en ella amenazó con abrasarla, y sólo la lucha con el dragón, encadenado ahora por el genio de la tierra, logró salvar a la azucena, cuyas hojas fueron bastante fuertes para encerrar dentro de sí la chispa y conservarla. Pero si tú abrazas a la serpiente verde, tu ardor consumirá su cuerpo y germinará un nuevo ser que se te escapará.” La salamandra no hizo caso de las advertencias del espíritu de las tinieblas; llena de entusiasmo estrechó entre sus brazos a la serpiente verde, que desapareció convertida en cenizas, de las cuales surgió un nuevo ser alado que rápido desapareció en el aire. La salamandra sintió arder dentro de sí el fuego de la desesperación, y lanzando llamas echó a correr por el jardín, destruyéndolo todo en su furia salvaje, y las lindas flores y los capullos cayeron abrasados, llenando con sus lamentos el espacio. El espíritu de las tinieblas, enfurecido contra la salamandra, dijo: “Tu fuego ha disminuido..., tus llamas se han apagado..., tus rayos se han oscurecido... Ve a lo profundo de la tierra, para que el genio de ella se burle de ti y te tenga prisionero hasta que la materia ígnea vuelva a encenderse y salga contigo el mundo en forma de nuevo ser.” La pobre salamandra cayó apagada; pero el gnomo viejo y gruñón que era jardinero de Fósforo exclamó: ‘Señor: ¿quién tiene más motivos de queja que yo contra la salamandra? ¿No había adornado con mis mejores metales las lindas plantas que me ha estropeado? ¿No he cuidado con amor su crecimiento, matizándolas de los más brillantes colores? Y, sin embargo, tomo bajo mi protección a la pobre salamandra, a la cual el amor, del que tú, señor, no pocas veces te has sentido dominado, ha empujado a cometer tan grandes destrozos. ¡Levántale un castigo tan tremendo!’ ” Su fuego se ha extinguido por ahora —dijo el príncipe de las tinieblas—. En la época desgraciada en que el lenguaje de la Naturaleza no le sea comprensible al bastardo género humano; cuando el espíritu elemental, encadenado en su reino, hable a los hombres a gran distancia en sordas resonancias; cuando, escapado al armonioso círculo, un ansia infinita le dé idea de las maravillas del reino en que de otra suerte le sería permitido vivir; cuando la fe y el amor vivan en su alma..., en esa desgraciada época volverá a encenderse la materia ígnea de la salamandra; pero sólo para dar vida a hombres y teniendo que entrar por completo en la vida indigente cuyas penas habrá de sufrir. Y no sólo tendrá el recuerdo de su situación original, sino que vivirá en armonía con la Naturaleza, comprenderá sus maravillas y estarán a sus órdenes las fuerzas de los espíritus unidos. En una planta de azucenas volverá a

encontrar a la serpiente verde, y el fruto de su unión con ella serán tres hijas, que se aparecerán a los hombres en la forma de su madre. En primavera se enredarán en las oscuras ramas del saúco y harán sonar sus vocecillas de cristal. Si en la época triste y desgraciada de la insensibilidad interior se encuentra un joven que comprenda su canto; si le mira una de las serpientes con sus lindos ojos; si esta mirada despierta en él la nostalgia de un país maravilloso, al cual se elevaría con gusto cuando se desprendiera de la carga de lo vulgar, y con el amor por la serpiente naciese en él la fe en los prodigios de la Naturaleza y en su propia existencia en tales maravillas, lograría ser dueño de la serpiente. Pero sólo cuando hayan aparecido tres jóvenes de esta clase que se casen con las tres hijas podrá la salamandra librarse de su pesada carga y reunirse con sus hermanos.” “Permite, señor —dijo el gnomo—, que yo haga un regato a estas hijas para alegrar su vida con sus esposos. Cada una de ellas recibirá un puchero del más hermoso metal que yo poseo, el cual puliré con rayos tomados del diamante; en su superficie se reflejará nuestro maravilloso mundo en perfecta armonía con la Naturaleza toda, y en su fondo, en el momento de la boda, nacerá una azucena roja, cuya flor imperecedera aromará para siempre al enamorado y fiel esposo. Luego éste comprenderá su lenguaje y las maravillas de nuestro reino y podrá vivir con su amada en Atlantis” Ya ves, querido Anselmo, que mi padre es la salamandra de que te he hablado. A pesar de su alta alcurnia, tiene que someterse a las pequeñeces y sinsabores de la vida corriente, y de aquí procede su carácter, agrio a veces, y la ironía con que suele burlarse de las gentes. Me ha dicho en muchas ocasiones que para indicar el estado de espíritu que en tiempos remotos pusiera como condición el príncipe de las tinieblas para el casamiento conmigo y con mis hermanas se usa ahora una expresión que se ha solidado, sin embargo, emplear mal, es a saber: el sentimiento poético. Es muy frecuente hallar este sentimiento en los jóvenes, los cuales, a consecuencia de la sencillez de sus costumbres y de su carencia de refinamientos mundanos, suelen ser objeto de las burlas del pueblo bajo. ¡Ah, querido Anselmo!... Tú comprendiste mi canto bajo el saúco...y descubriste mi mirada... Tú amas a la serpiente verde, tú crees en mí y quieres ser mío eternamente. La hermosa azucena florecerá en el puchero de oro y viviremos benditos y felices en Atlantis. Pero no te puedo ocultar que en la lucha terrible entre los gnomos y las salamandras el dragón negro quedó en libertad y salió bramando por el aire. Fósforo lo volvió a sujetar, es cierto; pero de las plumas negras que se le cayeron en la lucha y volaron por la tierra nacieron espíritus enemigos que por doquier atacan a los gnomos y a las salamandras. Esa mujer, querido Anselmo, que tan mal te quiere y que, como mi padre sabe muy bien, ansía la posesión del puchero de oro, debe su existencia al amor de una de esas plumas desprendidas de las alas del dragón por una zanahoria. Ella sabe su origen y su

fuerza, pues en los gemidos y en los estremecimientos del dragón prisionero le han sido revelados los secretos de algunas constelaciones, emplea todos los medios a su alcance para obrar de fuera adentro, contra lo cual mi padre combate con los rayos que brotan del interior de la salamandra. Todos los principios enemigos que residen en las plantas venenosas y en los animales dañinos los recoge la tal mujer, los mezcla en el momento propicio de la constelación y consigue algunas apariciones, que llenan de espanto y de terror la imaginación del hombre y somete a él a los genios que el dragón vencido engendró. Guárdate de la vieja, querido Anselmo; es enemiga tuya, pues tu ánimo infantil aniquila algunos de sus malos conjuros... Permanece fiel..., fiel... a mí, y pronto tendrás el premio.

—¡Oh, querida Serpentina! —exclamó Anselmo—. ¿Cómo podría abandonarte? ¿Cómo podría no amarte eternamente?

Un beso le abrasó la boca; sobresaltóse como si se despertara de un sueño profundo; Serpentina había desaparecido. Daban las seis, y pensó con tristeza que no había copiado nada; miró, preocupado de lo que diría el archivero, la hoja, y, ¡oh maravilla!, la copia del misterioso manuscrito estaba terminada; y fijándose bien, parecióle haber escrito la historia que Serpentina le contara del predilecto del príncipe de las tinieblas, el príncipe Fósforo, del maravilloso país de Atlantis. En aquel momento presentóse el archivero Lindhorst, con su sobretodo gris, el sombrero puesto y el bastón en la mano; miró el pergamino que Anselmo copiara, tomó un polvo de rapé y dijo sonriendo:

—Ya me lo figuraba... Aquí tiene usted su ducado, Anselmo, y venga ahora conmigo a los baños de Linke. . . Sígame.

El archivero atravesó de prisa el jardín, en el que se oía un ruido confuso de cantos, silbidos y charla; tanto, que el estudiante Anselmo sentíase mareado, y dio gracias a Dios cuando se encontró en la calle. Apenas habían andado unos pasos cuando se encontraron al registrador Heerbrand, que se unió a ellos muy satisfecho. En la puerta atacaron las pipas; el registrador Heerbrand lamentóse de no llevar consigo fuego, y el archivero Lindhorst exclamó involuntariamente:

—¡Fuego! Aquí hay todo el que usted quiera.

Y al decir estas palabras chasqueó los dedos, haciendo salir una porción de chispas, que encendieron en un instante las pipas.

—Vea usted los trucos de la química —dijo el registrador.

Pero el estudiante no pudo menos de pensar con cierta emoción en la salamandra.

En los baños el registrador bebió tanta cerveza doble que, a pesar de que era un hombre tranquilo y callado, comenzó a cantar con voz chillona de tenor canciones de estudiantes y a preguntar a todos si eran amigos suyos o no, y al fin Anselmo tuvo que acompañarle a su casa, después de hacer mucho tiempo que el archivero los había dejado.

NOVENA VELADA

DE CÓMO EL ESTUDIANTE ANSELMO LLEGÓ A CIERTOS RAZONAMIENTOS.—LA SOCIEDAD DE BEBEDORES DE PONCHE.— DE CÓMO EL ESTUDIANTE ANSELMO TOMÓ AL PASANTE PAULMANN POR UN BUHO Y DE LA INDIGNACIÓN DEL PASANTE.— LA MANCHA DE TINTA Y SUS CONSECUENCIAS

Todas las cosas raras y maravillosas que le sucedían a Anselmo teníanle fuera de sí. No veía a sus amigos, y todas las mañanas esperaba impaciente que diesen las doce para que se le abriese el paraíso. Y, sin embargo, mientras todo su ser se dirigía a la hermosa Serpentina y al reino de hadas de casa del archivero, a veces involuntariamente pensaba en Verónica, y hasta le parecía que en algunos momentos se acercaba a él ruborosa para decirle lo mucho que le amaba y sus esfuerzos para desvanecer los fantasmas que se burlaban de él sin reparo. En ocasiones sentía una fuerza irresistible y desconocida que le arrastraba hacia la olvidada Verónica, y no tenía más remedio que seguirla hasta verse encadenado por la joven. La misma noche en que por primera vez se le apareciera Serpentina en la forma de una muchacha hermosísima y le contara el casamiento misterioso de la salamandra con la serpiente verde, se le representó Verónica con más claridad que nunca. Claro que al despertar vio que había soñado, pues estaba convencido de que Verónica había estado realmente en su casa, quejándose amargamente, con expresiones que le llegaron al alma, de que sacrificaba su amor verdadero a las fantasías de su imaginación perturbada, que le conducirían a la perdición. Verónica estaba muy mona, como la viera otras veces; apenas si podía apartar de ella su pensamiento, y esto le causó cierto mal estar, que esperaba disipar con el paseo matutino. Una fuerza mágica le llevó hacia la puerta Pirnaer, y cuando trataba de meterse por una callejuela sintió tras de sí al pasante Paulmann, que le decía a gritos:

—¡Eh, eh, querido Anselmo!... Amice. ..., amice. ¿Dónde demonios se mete usted? No se deja ver por ninguna parte... Ya sabe usted que Verónica está deseando cantar otra

vez con usted; así que no tiene más remedio que ir a casa. Véngase ahora mismo conmigo.

El estudiante Anselmo fuese a la fuerza a casa del pasante. Cuando entraban en ella les salió al encuentro Verónica, vestida con mucho esmero, lo cual despertó la curiosidad de su padre, que le dijo:

—¿Cómo tan compuesta? ¿Es que esperabas visita? . . . Aquí te traigo a Anselmo.

Cuando el estudiante besó la mano a Verónica, muy comedido y tranquilo, sintió una ligera presión que le hizo estremecerse como si hubiese tocado fuego. Verónica fue la alegría, la gracia en persona, y cuando el pasante se marchó a su despacho supo entretenerle con bromas y astucias de todas clases, de modo que llegó a olvidar sus debilidades, y al fin se puso a jugar por la habitación con las alegres muchachas. El demonio de la torpeza volvió a apoderarse de él: tropezó en la mesa y dejó caer al suelo el cesto de costura de Verónica. Anselmo lo recogió; la tapa se había levantado, dejándole ver un espejito redondo, en el que se puso a mirar muy contento. Verónica se colocó detrás de él; púsole la mano en el brazo, apoyándose bien en él, y miró al espejito por encima de su hombro. Entonces le pareció a Anselmo que se entablaba una lucha en su interior... Ideas..., imágenes... reflejábanse y desaparecían...: el archivero Lindhorst...,Serpentina..., la serpiente verde.Al fin todo quedó tranquilo y lo confuso se hizo más claro y comprensible, y dióse cuenta de que en realidad sólo había pensado en Verónica, que hasta la figura que se le apareció en el aposento azul era la misma Verónica y que la fantástica leyenda del matrimonio de la salamandra la había escrito, pero de ninguna manera se la había contado nadie. Asombróse de sus sueños y atribuyólos a su exaltación, producida por el amor de Verónica juntamente con la propia del trabajo en casa del archivero Lindhorst, en cuyos aposentos había siempre un olor especial y muy fuerte. Rióse de buena gana de la tontería de creerse enamorado de una serpiente y tomar a todo un señor archivero por una salamandra.

—.-;Sí. sí..., es Verónica! —exclamó en alta voz.

Pero al volverse miró a los ojos azules de Verónica, en los cuales se reflejaba el amor y la ansiedad. Un “Ah!” sordo escapóse de los labios de la joven, que en el mismo momento se unieron abrasadores a los de Anselmo.

—¡Qué felicidad! —exclamó el entusiasmado estudiante— Lo que ayer soñé se ha convenido hoy en realidad.

—¿Y te casarás conmigo cuando seas consejero? —preguntó Verónica.

—De todos modos —repuso el estudiante.

En esto rechinó la puerta, y el pasante entró en la habitación diciendo:

—Hoy, querido Anselmo, no le suelto; se queda usted a tomar la sopa conmigo, y luego Verónica nos preparará un buen café, que tomaremos en compañía del registrador Heerbrand, que me prometió venir.

—¡Ah, señor pasante! —respondió Anselmo—. ¿No sabe usted que tengo que ir a casa del archivero Lindhorst a lo de las copias?

—Vea usted, amice —dijo el pasante mostrándole el reloj, que marcaba las doce y media.

El estudiante Anselmo vio que era demasiado tarde para ir a casa del archivero y accedió a los deseos del pasante Paulmann, con tanto más gusto cuanto que así podría contemplar a su sabor durante todo el día a Verónica y recibir a cambio alguna mirada, algún apretón de manos y tal vez un beso. A esta altura llegaban los deseos del estudiante Anselmo, y sentíase cada vez más contento conforme adquiría el convencimiento de que se iba a librar de las imágenes fantásticas, que en realidad le podían haber llegado a volver loco. El registrador Heerbrand se presentó, efectivamente, después de la comida; y cuando hubieron saboreado el café y la tarde avanzó, dio a entender, frotándose las manos, que traía algo que, mezclado por las lindas manos de Verónica y preparado en debida forma —hojeado y rubricado, por decirlo así—, a todos les alegraría mucho en aquella fresca noche de octubre.

—Vaya, saque ya ese ser misterioso que trae en el bolsillo, señor registrador —exclamó el pasante Paulmann.

El registrador metióse la mano en el bolsillo de su gabán de mañana y sacó, en tres tiempos, una botella de arrak, limón y azúcar. Apenas había transcurrido media hora., humeaba un sabroso ponche sobre la mesa del pasante Paulmann. Verónica probó la bebida, y entre los amigos se entabló una animada conversación. Conforme al estudiante Anselmo se le fue subiendo a la cabeza el espíritu de la bebida volvieron también todas las imágenes de lo maravilloso y extraño que le ocurriera en aquellos días. Vio al archivero Lindhorst con su bata de damasco, que brillaba como el fósforo... Vio la habitación azul, las palmeras doradas, y todo lo tuvo tan presente, que le pareció que debía creer en Serpentina... En su interior advertía un tumulto y una confusión grandes. Verónica le sirvió un vaso de ponche. y al dárselo le tocó suavemente con la mano.

—¡Serpentina! ¡Verónica! suspiró en voz baja. Quedó sumido en una somnolencia profunda: pero el registrador Heerbrand dijo alto:

—El archivero Lindhorst es un viejo extraño, al que nadie puede llegar en inteligencia. Brindemos por él. Anselmo.

El estudiante salió de su ensimismamiento y dijo mientras chocaba su vaso con el del registrador:

—Todo consiste en que el archivero es propiamente una salamandra, que destrozó el jardín de Fósforo en un momento de ira porque se le escapó la serpiente verde.

—¿Cómo es eso? —preguntó el pasante.

—Sí —continuó Anselmo—. Por eso tiene que ser archivero y vivir en Dresde con sus tres hijas, que no son otra cosa que serpientes dorado verdosas, que cantan en el saúco y atraen a los jóvenes como las sirenas.

—Anselmo..., Anselmo —dijo el pasante Paulmann—, ¿está usted en su juicio? ¿Cuántas tonterías está usted diciendo?

—Tiene razón el mozo —repuso el registrador Heerbrand; el archivero es una salamandra maldita que saca de los dedos chispas que hacen quemaduras en la ropa como una esponja de fuego... Sí, sí, tienes razón hermano Anselmo, y el que no lo crea es mi enemigo. Y el registrador dio un puñetazo en la mesa que hizo temblar los vasos.

—Registrador, ¿está usted loco?—exclamó el irritado pasante.

—Señor estudiante..., señor estudiante, ¿qué está usted ideando ahora?

—¡Ah! —dijo Anselmo—. Usted no es más que un pájaro..., un buho, que se dedica a rizar los tupés, señor pasante...

—¿Cómo?... ¿Yo un pájaro?... ¿Un buho?... ¿Un peluquero?...—gritó el pasante lleno de ira.

—Usted está loco..., loco... Pero ya caerá sobre él la vieja —dijo el registrador Heerbrand.

—Si, la vieja es poderosa —repuso Anselmo—, aunque procede de un origen bajo, pues su padre es una pluma vieja y su madre una zanahoria despreciable, y su fuerza la debe principalmente a seres innobles..., canalla malvada y venenosa, de los cuales se rodea.

—Eso es una mentira indigna—exclamó Verónica con los ojos echando chispas—. La vieja Elisa es una adivinadora y el gato negro no es una criatura infernal, sino un joven distinguido y de buenas costumbres y primo suyo.

—¿Puede la salamandra comer sin quemarse la barba y desaparecer miserablemente? —preguntó el registrador Heerbrand.

—No, no —exclamó Anselmo— no puede ni podrá jamás; y la serpiente verde me ama porque soy inocente y he contemplado los ojos de Serpentina.

—Los cuales le sacará el gato—dijo Verónica.

—¡La salamandra, la salamandra triunfa de todo, de todo! —gritó el pasante Paulmann muy excitado—. ¿Pero estoy en una casa de locos? ¿Es que yo también estoy loco? ¿Qué tonterías se me están ocurriendo?... Si, es que estoy loco, completamente loco.

A estas palabras se levantó el pasante, quitóse la peluca y la lanzó contra la tapa de la estufa, haciendo que los retorcidos tirabuzones chirriasen y los polvos se esparciesen por la habitación. Entonces el registrador y Anselmo cogieron la vasija del ponche y los vasos, y gritando alegremente los lanzaron contra la estufa, rompiéndolos en mil pedazos, que cayeron al suelo armando gran estrépito.

—¡Viva la salamandra!. . . ¡Abajo, abajo la vieja!... ¡Romperemos el espejo de metal! ¡Sacaremos los ojos al gato! ¡Pajaritos, pajaritos del aire, viva, viva la salamandra!

Y los tres gritaban y aullaban como demonios.

Llorando a lágrima viva marchóse de allí Francisca, y Verónica quedó echada en el sofá, angustiada y dolorida. La puerta se abrió; todo quedó en silencio de pronto y apareció un hombrecillo con una capa gris. Su rostro tenía cierto aire de dignidad, y en él sobresalía la nariz ganchuda, en la que cabalgaban unos grandes lentes. Llevaba una peluca extraña, que más bien parecía una gorra de plumas.

—Muy buenas noches —dijo el cómico hombrecillo—. Está aquí el estudiante Anselmo, ¿verdad? Muchos recuerdos del archivero Lindhorst, que ha estado esperando inútilmente al estudiante y que le ruega no falte mañana a la hora de costumbre.

Y diciendo esto volvió a salir por la puerta, y todos vieron perfectamente que el grave hombrecillo era un gran papagayo. El pasante Paulmann y el registrador Heerbrand lanzaron una carcajada que resonó por toda la habitación, y Verónica lloraba y gemía como poseída de profundo dolor, y el estudiante Anselmo, estremecido por la locura

de su terror interior, salió corriendo por las calles. Mecánicamente encontró su casa y su habitación. A poco se presentó en ella Verónica, que muy amable y tranquila le preguntó por qué había salido tan precipitadamente y le dijo que tuviera cuidado con los fantasmas mientras trabajaba en casa del archivero Lindhorst.

—Buenas noches, - buenas noches, mi querido amigo —susurró Verónica a su oído, dándole un beso.

Anselmo quiso abrazarla; pero la figura desapareció instantáneamente y se despertó alegre y descansado. Rióse para sí del efecto del ponche, y mientras pensaba en Verónica sintióse invadido por un sentimiento agradable. “A ti sola —dijose a sí mismo— tengo que agradecer el haber vuelto en mi de mis locuras... Realmente no estaba mucho más cuerdo que aquel individuo que creía ser de cristal, o aquel otro que no salía de su habitación por miedo a que se lo comiesen las gallinas, por que suponía que era un grano de cebada. En cuanto sea consejero me caso con la señorita de Paulmann y seré completamente feliz.”

Cuando al mediodía pasaba por el jardín del archivero Lindhorst no pudo menos de asombrarse de haber lo encontrado tan raro y maravilloso. Sólo veía tiestos de plantas vulgares, geranios de todas clases, ramas de mirto, etc., etc. En lugar de los pájaros de colorines, que tanto se burlaron de él, vio una porción de gorriones, que armaron un gran alboroto en cuanto advirtieron su presencia. El aposento azul se le representó asimismo de muy distinta manera, y no podía comprender cómo aquel azul chillón y aquellos troncos de palmeras artificiales con sus hojas mal dibujadas le gustaron un momento.

El archivero le recibió sonriendo de un modo irónico y le preguntó:

—Vamos, Anselmo, dígame qué tal le supo el ponche de ayer.

—¡Ah! Seguramente el papagayo le ha dicho. . . —comenzó a responder Anselmo, muy avergonzado; pero se calló, porque recordó que el papagayo precisamente fue lo que causó la desaparición de la locura.

—No; es que yo estaba en la reunión —repuso el archivero—. ¿No me vio usted? Y por cierto que por poco salgo mal parado por el monstruo que se apoderó de ustedes, pues precisamente estaba sentado en la vasija del ponche en el momento en que el registrador Heerbrand la cogió para arrojarla contra la estufa, y tu ve que esconderme más que de prisa en la pipa del pasante Paulmann. Y ahora, adiós, Anselmo; aplíquese. Le pagaré también el día de ayer, teniendo en cuenta lo bien que ha trabajado hasta ahora.“

¿Cómo puede el archivero decir tales tonterías?”, dijo para sí el estudiante Anselmo, sentándose a la mesa para comenzar la copia del manuscrito que, como de costumbre, el archivero había extendido ante su vista. Vio sobre él tanto signo enrevesado y tanto rasgo raro, sin que hubiese un solo punto en que descansar la vista, que le pareció imposible llegar a conseguir copiar bien aquel jeroglífico. Dábale la sensación de un mármol lleno de miles de vetas o de una piedra en la que hubiera brotado el musgo. A pesar de todo, quiso hacer lo posible para terminar el trabajo y mojó la pluma muy confiado; pero la tinta no corría; sacudió la pluma, impaciente, y... ¡oh cielos!, un gran borrón cayó en el extendido original. Silbando salió un rayo de la mancha y culebreando subió hasta el techo. Entonces comenzó a brotar de las paredes un vapor espeso; las hojas susurraron con furia, como agitadas por la tormenta, dejando paso a basiliscos ardiendo, que incendiaron el vapor, rodeando a Anselmo una masa de llamas. Los dorados troncos de las palmeras convirtiéronse en gigantescas serpientes, que al entrechocar sus cabezas producían un ruido estridente y que se enroscaban a Anselmo con sus cuerpos cubiertos de escamas. “¡Loco! Recibe el castigo que mereces por tu crimen temerario!”, exclamó la voz terrible de la salamandra coronada, que apareció por encima de las serpientes como un resplandor cegador, y sus fauces abiertas comenzaron a lanzar cata ratas de fuego sobre Anselmo, que sintió que se enfriaban alrededor de su cuerpo, formando como una masa de hielo. Y al tiempo que sus miembros se entumecían más y más, perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí no se podía mover y le parecía estar rodeado de un resplandor brillante, contra el que tropezaba en el momento en que trataba de moverse o de levantar una mano.

¡Ah!, estaba metido en un frasco de cristal muy bien tapado, encima de un estante de la biblioteca del archivero Lindhorst.

DÉCIMA VELADA

LOS SUFRIMIENTOS DEL ESTUDIANTE ANSELMO EN EL FRASCO DE CRISTAL— LA VIDA FELIZ DE LOS ESCOLARES DE LA SANTA CRUZ Y DE LOS PASANTES DE PLUMA—LA BATALLA DE LA BIBLIOTECA DEL ARCHIVERO LIND HORST —VICTORIA DE LA SALAMANDRA Y LIBERTAD DE ANSELMO

Tengo mis razones para dudar, querido lector, de que nunca te hayas visto dentro de un frasco de cristal, a no ser que en sueños alguna vez un monstruo mago te haya aprisionado de esa manera; de ser así, fácilmente te darás cuenta de la tristeza del

estudiante; pero si no has soñado cosa semejante, entonces encierra tu fantasía conmigo y con Anselmo por unos momentos dentro del cristal.

Te sientes bañado por una claridad cegadora; todos los objetos te parecen iluminados por los brillantes colores del arco iris. . .; todo tiembla y oscila y vibra en esa claridad...; nada inmóvil y como en un éter helado, que te oprime de manera que el cuerpo, muerto, no obedece a las intimaciones del espíritu... Cada vez más pesada, sientes sobre tu pecho la abrumadora carga...; los suspiros consumen más y más el cefirillo que llena el estrecho recinto...; tus pulsos se hinchan... y, atravesados de terror espantoso, tus nervios saltan, reventando en lucha de muerte.

Compadécete, querido lector, del estudiante Anselmo, que tiene que sufrir este inenarrable martirio en su prisión de cristal, comprendiendo que la muerte no habría de libertarle, pues apenas volvió en sí del desmayo en que le sumió su desgracia comenzó a dar en el cuarto el claro sol de la mañana y empezó nuevamente su martirio. No podía mover ningún miembro, y sus pensamientos se estrellaban contra el cristal, ensordeciéndolo con sus sonidos estridentes, y en lugar de las palabras que otras veces le solía dirigir el espíritu sólo escuchaba el rumor de la locura.

Entonces, en medio de su desesperación, comenzó a gritar:

—¡Serpentina. Serpentina, sálvame de este tormento infernal!

Parecióle como si a su alrededor sintiera suspiros suaves que se colocaron en el frasco como hojas verdes y transparentes de saúco; los sonidos se apagaron, el brillo cegador se oscureció y respiró libremente.

—¿No soy yo el culpable de mi desgracia? ¿No he cometido un crimen contra ti, hermosa Serpentina? ¿No he sido capaz de dudar de ti? ¿No he perdido la fe y con ella todo lo que me podía hacer feliz?... ¡Ah, nunca serás mía; para mí está perdido el puchero de oro; no volveré a contemplar ninguna maravilla! ¡Ah, si se me permitiera verte una sola vez, querida Serpentina!

Así se lamentaba el estudiante Anselmo, emocionado profundamente; entonces oyó decir a su lado:

—No se lo qué quiere usted, señor estudiante. ¿Por qué se lamenta usted de esa manera?

El estudiante advirtió que junto a él, en el mismo estante, había cinco frascos, en los cuales vio a tres alumnos de la Santa Cruz¹⁴ y dos pasantes de pluma.—

¡Ah, señores míos y compañeros de desgracia! —exclamó—. ¿Cómo es posible que estén ustedes tan resignados y tan contentos como parece por sus rostros? Están ustedes, lo mismo que yo, encerrados en un frasco de cristal, y no se pueden mover, ni siquiera pensar en algo alegre, sin que se arme un ruido endemoniado y sin que les suene la cabeza de un modo terrible. Pero seguramente no creen ustedes en la salamandra y en la serpiente verde.

—Ha dado usted en el clavo, señor estudiante —repuso uno de los alumnos de la Santa Cruz— Nunca hemos estado mejor que ahora, pues el ducado que nos da el chiflado del archivero por las copias confusas de todas clases nos viene muy bien; no tenemos que aprendernos de memoria ningún coro italiano; vamos todos los días a casa de José o a otra taberna, donde saboreamos encantados la cerveza doble, miramos a las muchachas bonitas, cantamos como verdaderos estudiantes *gaudeamus igitur*, y lo pasamos divinamente.

—Estos señores tienen razón—afirmó uno de los pasantes—. Yo también tengo ducados de sobra, lo mismo que mi colega, y me paseo por el Weinberg con mucho más gusto que escribo actas entre cuatro paredes.

—Pero, señores míos, muy respetables —dijo el estudiante Anselmo—, ¿no advierten ustedes que están todos y cada uno encogidos en frascos de cristal sin poder moverse, y que menos, por tanto, han de poder pasear?

Los alumnos de la Santa Cruz y los pasantes soltaron una sonora carcajada, diciendo:

—El estudiante está loco; se figura que está metido en un frasco de cristal, y está en el puente del Elba mirando el agua. Vámonos de aquí.

—¡Ah! —suspiró el estudiante—. Esos no han visto nunca a la bella Serpentina; no saben que la libertad y la vida están en la fe y en el amor; por tanto, no sienten la opresión del encierro en que los ha metido la salamandra a causa de su tontería, de su inteligencia vulgar, pero yo, más desgraciado que ellos, perecerá en el oprobio y en la miseria si ella, a quien amo con toda mi alma, no me salva.

Entonces oyóse la voz de Serpentina, que decía:

—Anselmo: cree, ama, espera.

¹⁴ Un gimnasio de Dresde.

Y cada palabra penetraba en la prisión de Anselmo, afinando y ensanchando el cristal de modo que el pecho del prisionero pudo agitarse y respirar.

Lo angustioso de su situación mejoraba de momento en momento, y comprendía que Serpentina le amaba aún y que ella era la que hacía tolerable su permanencia en la vasija de cristal. No se volvió a ocupar de sus aturdidos compañeros de desgracia, sino que dirigió todos sus pensamientos y su interés a la amada Serpentina.

De pronto sintió un gran ruido en el otro extremo de la habitación. A poco advirtió que el ruido salía de una cafetera vieja, con la tapa le dio rota, que estaba frente a él en un armario pequeño. Conforme la miraba despacio iba adquiriendo los rasgos repugnantes de un arrugado rostro de mujer, terminando por presentarse delante del estante en que se hallaba Anselmo la vendedora de manzanas de la Puerta Negra, la cual, haciendo gestos y riendo, gritaba con voz chillona:

—¡Vaya, vaya, niñito! ¿Piensas perseverar? Ya has caído en cristal... ¿No te lo predije?

—Insulta y búrlate, maldita vieja—dijo el estudiante Anselmo—. Tú tienes la culpa de todo; pero ya dará contigo la salamandra, despreciable zanahoria.

—Vamos, vamos —repuso la vieja—, no tanto orgullo; has pisoteado a mis hijitos, me has quemado las narices, y aún te respeto, pillo, por que antes fuiste buena persona y por que mi hijita no te es indiferente; pero no saldrás de dentro del cristal si yo no te ayudo. Alargarme hasta ti no puedo; pero mi comadre la rata, que vive encima de ti, en el suelo, puede roer la tabla sobre la que estás, y tú te tambalearás, y al caer te recogeré en el delantal para que no te rompas las narices, sino que recobres tu lindo rostro, y te llevaré volando a casa de la señorita Verónica, con la cual te casarás cuando seas consejero.

—Vete de mi lado engendro de Satanás —gritó el estudiante lleno de ira—. Tus malditas artes me han llevado a cometer el crimen que estoy purgando. Pero lo sufriré con paciencia todo, pues sólo aquí puedo estar: éste es el sitio en que mi adorada Serpentina me rodea de amor y de consuelo. Escucha, vieja, y desesperate: aunque desafíe a tu poder, amo para toda mi vida a Serpentina...; no seré nunca consejero. . .; nunca miraré a Verónica, que por tu mediación me ha conducido al mal. Si la serpiente verde no puede ser mía, moriré de pena y de dolor. Largo de aquí..., largo de aquí..., despreciable. La vieja se echó a reír, resonando su risa en la habitación, y exclamó:

—Entonces quédate ahí y perece; ahora ya es tiempo de obrar, pues mi cometido aquí es de otra clase.

Quitóse la capa negra y se quedó en una asquerosa desnudez; empezó a dar vueltas en círculo, haciendo aparecer grandes folios, de los cuales arrancó hojas de pergamino y uniéndolas con habilidad las colocó en el cuerpo, quedando vestida con una especie de armadura de escamas. Del tintero que estaba encima de la mesa saltó el gato echando fuego por los ojos, y maullando se precipitó sobre la vieja, que lanzó un grito de júbilo, y los dos desaparecieron por la puerta. Anselmo vio que se dirigían a la biblioteca azul, y a poco oyó en la lejanía silbar y aullar; los pájaros del jardín alborotaban, el papagayo gritaba: “ socorro! ¡Al ladrón, al ladrón!”En el mismo momento entró de nuevo la vieja en el cuarto con el puchero de oro abrazado y con ademanes horribles, gritando:

—¡Victoria, victoria!. . . ¡Hijito mío, mata a la serpiente verde; anda, hijito, anda!

A Anselmo le pareció que oía un gemido profundo y la voz de Serpentina. Sintióse poseído de furor y desesperación. Reunió todas sus fuerzas; apretó contra el cristal con tal violencia que parecía que las venas y los nervios le iban a saltar... Y el archivero apareció en la puerta revestido con su bata de damasco.

—¡Eh, eh, canalla, fantasmas estúpidos..., brujerías! . . . ¡Aquí, aquí!—exclamó.

A la vieja se le erizaron los cabellos, sus ojos hundidos brillaron con fuego infernal, y apretando los afilados dientes de su boca monstruosa, silbó:

—¡Vivo, vivo; fuera!... ¡Sus, fuera!... ¡Sus, fuera!...

Y se reía y bailaba, mofándose y haciendo burla y apretando contra sí el puchero de oro, al tiempo que sacaba de él puñados de tierra brillante y se los echaba al archivero; pero en cuanto la tierra tocaba la bata se convertía en flores, que caían al suelo. Los lirios de la bata oscilaron y se incendiaron, y el archivero se los tiró a la vieja conforme ardían, haciéndole aullar de dolor: pero mientras ella daba saltos en el aire, agitando los trozos de pergamino de su armadura, los lirios se apagaban Y se convertían en cenizas.

.—¡Vivo, vivo, vivo, hijo mío! grito la vieja.

Y a su voz salió el gato saltando y lanzóse desde la puerta sobre el archivero; pero el papagayo gris, re voloteando, fue a su encuentro, y con el pico encorvado le cogió por el morrillo haciéndole brotar sangre, y al mismo tiempo oyóse la voz de Serpentina, que decía:

—¡Salvada! ¡Salvada!

La vieja dio un salto llena de ira y de desesperación, poniéndose fuera del alcance del archivero; tiró el puchero detrás de sí y quiso, alargando los dedos sarmentosos, hacer presa en el archivero; pero éste dejó caer la bata y se la echó encima a la vieja. De las hojas de pergamino salieron silbando, chisporroteando, ululando, unas llamas azules, y la bruja se revolvía con aullidos de dolor, y se esforzaba en sacar del puchero puñados de tierra, en arrancar de los libros más y más hojas de pergamino para apagar las llamas, pues en cuanto conseguía echar sobre ellas un poco de tierra o unas tiras de pergamino se apagaba el fuego. Entonces, como de dentro del archivero salieron una especie de rayos luminosos que envolvieron a la bruja.

—¡Viva, viva! Dentro y fuera, victoria a la salamandra! —exclamó el archivero con voz estentórea, que resonó por todos los ámbitos de la habitación, al tiempo que mil rayos formaban un círculo de fuego en derredor de la vieja, que no dejaba de chillar. Bramando y gritando de furia rodaron el gato y el papagayo, logrando éste, por fin, arrojar al suelo con sus alas al gato, y sosteniéndole con las garras y obligándole a aullar de dolor en angustias de muerte, con su fuerte pico le sacó los ojos de fuego, brotando de sus cuencas espuma ardiendo.

Armóse un gran alboroto en el sitio en que la vieja yacía envuelta entre los pliegues de la bata; sus lamentos y sus aullidos oíanse a gran distancia. El humo, que esparcía un olor penetrante, se disipó; el archivero levantó la bata, y debajo de ella solo había una zanahoria vulgar.

—Respetable señor archivero: aquí le traigo al vencido enemigo —dijo el papagayo, mostrando al archivero un pelo negro que llevaba en el pico.

—Muy bien, querido —respondió el archivero—; aquí está también mi derrotada enemiga. Ocupate ahora de lo demás; hoy, como premio, te darán seis cocos y unos lentes nuevos, porque veo que el gato te ha roto de mala manera los que tenías.

—Largos años de vida a los suyos, respetable amigo y protector —repuso el papagayo muy contento.

Cogió con el pico la zanahoria y salió volando por la ventana que el archivero Lindhorst le abriera. Este cogió el puchero de oro y gritó:

—¡Serpentina! ¡Serpentina!

Cuando el estudiante Anselmo, muy satisfecho por la derrota de la miserable vieja, contemplaba al archivero, encontróse con la figura majestuosa del príncipe de las tinieblas, que le miraba atentamente.

—¡Anselmo! —exclamó el príncipe—. No tú, sino un principio enemigo que trataba de penetrar en tu interior y ponerte a mal contigo mismo fue la causa de tu incredulidad. Has ganado mi confianza; sé libre y feliz.

Un estremecimiento sacudió a Anselmo; el sonido alegre de las campanillas de cristal se hizo más y más perceptible que nunca... Sus nervios y sus fibras se conmovieron...; los acordes sonaban cada vez más claros en el cuarto. . . El cristal que encerraba a Anselmo saltó, y se encontró en los brazos de su adorada Serpentina.

UNDÉCIMA VELADA

LA CONTRARIEDAD DEL PASANTE PAULMANN POR HABER INVADIDO SU CASA LA LOCURA—DE CÓMO EL REGISTRADOR HEERBRAND FUE NOMBRADO CON SEJERO Y CON UN GRAN FRIO SE PASEÓ CON ZAPATOS Y MEDIAS DE SEDA—CONFESIÓN DE VERÓNICA— PROMESA DE CASAMIENTO JUNTO A LA SOPERA HUMEANTE

—Pero dígame usted, querido registrador, ¿cómo se nos subió a la cabeza el maldito ponche de ayer y nos condujo a toda clase de tonterías?

Así decía el pasante Paulmann al entrar a la mañana siguiente en la habitación, que estaba llena de cacharos rotos y en cuyo centro la desdichada peluca, con sus tirabuzones deshechos, nadaba en el ponche.

Cuando el estudiante Anselmo salió corriendo por la puerta, el registrador y el pasante danzaron por el cuarto gritando como demonios, dándose de cabezazos, hasta que Francisca logró, con mucho trabajo, arrastrar a su atontado padre a la cama, mientras el registrador, muy excitado, caía sobre el sofá, que Verónica abandonara para meterse en su cuarto, echando maldiciones. El registrador Heerbrand se había puesto su pañuelo por la cabeza; estaba muy pálido, y con tono melancólico respondió:

—¡Ah, señor pasante, no fue el ponche, que estaba perfectamente preparado por la señorita Verónica, no!... El estudiante maldito es el que tiene la culpa de todo. ¿No ha notado usted que hace mucho tiempo está mentecaptus¹⁵? ¿Y no sabe usted que la locura se contagia? Un loco hace ciento, y perdone que cite un adagio antiguo; especialmente cuando se ha bebido un vasito, se cae con facilidad en la extravagancia, y sin poderlo remediar se hacen tonterías y se imitan las acciones que inicia el chiflado director. ¿Cree usted, señor pasante, que no me parece completamente tonto haber creído en el papagayo gris?

¹⁵ Loco

—Ah! ¡Qué gracia! —replicó el pasante—. Era el criadito del archivero, que llevaba una capa gris y venía a buscar al estudiante.

—Eso será —replicó el registrador—; pero he de confesar que lo he pasado muy mal, pues toda la noche le he estado oyendo silbar y graznar.

—Sería yo —aclaró el pasante—, que ronco muy fuerte.

—Así será —repuso el registrador—. Pero, ¡señor pasante, señor pasante!, yo tenía mis razones para preparar ayer una diversión..., y el estudiante me lo echó todo a perder... Usted no sabe... ¡Oh, señor pasante, señor pasante!

El registrador Heerbrand se levantó de un salto, quitóse el pañuelo de la cabeza, abrazó al pasante, le apretó la mano con entusiasmo, y repitió con voz lastimera:

—¡Oh, señor pasante, señor pasante!

Y tomando su sombrero y su bastón, salió de allí precipitadamente.

“El estudiante no volverá a poner los pies en mi casa —dijo el pasante Paulmann para sus adentros—, pues ahora veo claro que con sus locuras contagia a las personas más sensatas; el registrador está también un poco perturbado...; yo aun me he podido librar; pero el demonio, que ayer en la borrachera sacó la cabeza, pudiera por fin meterse del todo en casa y conseguir su objeto... Por tanto, apage Satanas! (¡fuera el estudiante!)”¹⁶.

Verónica habíase quedado muy preocupada, no hablaba una palabra, no se reía sino rara vez y prefería estar sola.

—Aún se acuerda del estudiante—decía el pasante, malicioso—; pero bueno es que no se deje ver; por que me tiene miedo..., por eso no parece por aquí.

Las últimas palabras las pronunció el pasante en voz alta, y entonces a Verónica, que estaba sentada frente a él, se le llenaron los ojos de lágrimas, y dijo suspirando:

—¿Cómo podría el estudiante Anselmo venir? Está hace mucho tiempo encerrado en un frasco de cristal.

—¿Qué dices? —preguntó el pasante—. ¡Ay, Dios mío, Dios mío! También ésta padece la misma enfermedad del registrador y le dará un ataque el mejor día... ¡Ah, maldito Anselmo!

¹⁶ ¡Fuera de aquí, Satanás!

Salió corriendo en busca del doctor Eckstein, el cual se echó a reír al escuchar su relato y exclamó:

—¡Vaya, vaya!

No recetó nada, y a los pocos que le preguntaban respondía evasiva mente:

—Nervios..., ello solo se curará...; aire libre..., paseos en coche..., distracciones..., teatros. Sontagkind, Swester von Prag ¹⁷... Eso es lo que le conviene.

“Pocas veces ha sido el doctor tan comedido, pues por lo común es bastante charlatán”, pensaba el pasante.

Transcurrieron días, y semanas y meses. Anselmo había desaparecido, y tampoco se dejaba ver el registrador Heerbrand, hasta que el 4 de febrero a las doce en punto de la mañana se presentó en casa del pasante Paulmann, con un traje de última moda y de muy buen paño, medias de seda y zapatos, a pesar del gran frío que hacía, y un gran ramo de flores naturales en la mano, dejándole asombrado de su lujo. Con mucha gravedad dirigióse el registrador al pasante, le abrazó con prosopopeya y comenzó a decir:

—Hoy, día del santo de su respetable hija Verónica, quiero decirle a usted lo que tengo guardado ha mucho tiempo. Hace días, la desgracia da noche en que saqué de mi bolsillo los ingredientes para aquel malhadado ponche, tenía intención de darles una buena noticia y celebrar el día feliz con alegría; aquel día supe que había sido nombrado consejero, y hoy traigo en el bolsillo la patente de tal ascenso cum nomine e sigillos principis¹⁸.

—¡Ah, ah!, señor registrador..., es decir, señor consejero —balbuceó el pasante.

— Pero usted, querido pasante—continuó el consejero novel—, usted puede colmar mi felicidad. Hace mucho tiempo que amo en silencio a la señorita Verónica, y por algunas miradas amables de ella me permito suponer que no he de ser rechazado. En una palabra, querido pasante: yo, el consejero Heerbrand, le pido la mano de su amada hija la señorita Verónica, con la cual, si usted no tiene nada que oponer, pienso casarme dentro de muy poco tiempo.

El pasante Paulmann cruzó las manos lleno de asombro y exclamó:

¹⁷ Operetas de Wenzel Müller, letra de Perinet (1793 y 1794)

¹⁸ Con la firma y el sello del príncipe

—¡Ah, ah!, señor regis..., señor consejero quiero decir, ¡quién había de pensarlo! Si Verónica le ama en realidad, por mi parte no tengo nada que oponer. Quizá su tristeza actual no es otra cosa que amor hacia usted, señor consejero; ya conocemos esas jugarretas.

En aquel momento entró Verónica, pálida y descompuesta, como solía estar. El consejero Heerbrand dirigióse a ella, felicitóla por su santo y le entregó el oloroso ramo de flores al tiempo que un paquetito, en el que al abrirlo relucieron un par de hermosos pendientes.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de la joven; los ojos le brillaron de alegría, y dijo:

—¡Ah, Dios mío! ¡Si son los mismos pendientes que llevo hace algunas semanas y que tanto me gustan!

—¿Cómo es posible? —exclamó el consejero, un poco contrariado y desconcertado—. ¿Si no hace una hora que he comprado y pagado esta joya en la Schlossgasse?

Pero Verónica no le escuchaba, si no que, poniéndose en pie, se colocó delante del espejo para probar el efecto de los pendientes, que desde luego se colocó en las orejas. El pasante le comunicó, con expresión y tono serio, la distinción de que había sido objeto su amigo Heerbrand y su demanda. Verónica miró al consejero con mirada penetrante y dijo:

—Hace mucho tiempo que sabía que usted deseaba casarse conmigo. Sea, pues. Le ofrezco mi mano y mi corazón; pero tengo que hacerle..., mejor dicho, que hacerles a usted y a mi padre una confesión que me pesa sobre el corazón, y he de hacerla ahora mismo, aunque se enfríe la sopa, que, según veo, Francisca ha puesto ya en la mesa.

Sin esperar la respuesta de su padre ni del registrador, a pesar de que los dos tenían las palabras en los labios, continuó Verónica:

—Puede usted creerme, querido padre, que yo amaba de veras a Anselmo, y cuando el registrador Heerbrand, que ahora es consejero, aseguraba que el estudiante llegaría a ser algo, decidí que él y nadie más fuese mi marido. Como, al parecer, había algunos seres enemigos que intentaban arrebatármelo, fui a casa de la vieja Elisa, que en otro tiempo fue mi niñera y ahora es hechicera. Esta me prometió ayudar me para conseguir que Anselmo cayera en mis manos. Fuimos las dos, a la media noche del día del equinoccio, a la encrucijada de los caminos ella conjuró al espíritu infernal, y con ayuda del gato negro consiguieron sacar a relucir un espejo de metal en el que, dirigiendo mis pensamientos a Anselmo, miré atentamente, con objeto de dominarle

por completo. Pero hoy me arrepiento de haberlo hecho; abjuro de todas las artes de Satanás. La salamandra ha vencido a la vieja; yo oí sus lamentos, pero no pude ayudarla; y en cuanto desapareció, comida por el papagayo en figura de zanahoria, se rompió mi espejo de metal.

Verónica sacó los dos pedazos del espejo roto, juntamente con un rizo, del cesto de costura, y entregando ambas cosas al consejero Heerbrand, continuó:

—Tome usted, querido consejero, los trozos del espejo; esta noche a las doce tírelos por el puente del Elba en el sitio precisamente en que está la cruz¹⁹, que nunca se hiela, y guárdese el rizo en señal de fidelidad. De nuevo abjuro de las artes de Satanás, y no envidio a Anselmo su dicha, pues ya está unido a la serpiente verde, que es mucho más hermosa y más rica que yo. Y procuraré, señor consejero, amarle y respetarle como una esposa honrada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó el pasante Paulmann—. Está loca, está loca...; no puede ser esposa de un consejero..., está loca.

—No lo crea usted —repuso el consejero Heerbrand—. Sé perfectamente que la señorita Verónica sentía cierta inclinación hacia el estudiante condenado, y puede ser que en un momento de sobreexcitación haya acudido a la adivinadora, que me figuro no puede ser otra que la echadora de cartas y moledora de café de la Seethor, es decir, la vieja Rauerin. No se puede negar tampoco que posee artes secretas, con las cuales manifiesta su enemistad a las personas. Eso ya lo sabemos de antiguo; pero lo que Verónica dice de la victoria de la salamandra y del caso miento de la serpiente verde no es más que una alegoría poética, o sea una poesía con la que cantan los estudiantes su despedida.

—¿Es que cree usted, querido consejero —dijo Verónica a tal punto—, que lo que he dicho es una locura?

—De ninguna manera —repuso Heerbrand—, pues de sobra sé que Anselmo está en poder de fuerzas ocultas que lo zarandean con toda clase de recursos extraordinarios.

El pasante no pudo contenerse más y dijo impaciente:

—Basta ya, por Dios, basta. ¿Es que hemos vuelto a emborracharnos con el maldito ponche, o que los que tienen en su poder a Anselmo también nos manejan a nosotros? Señor consejero, ¿qué tonterías son esas que está usted diciendo? Quiero creer que es

¹⁹ El Augustusbrücke de Dresde tiene una cruz de piedra en el quinto arco, que el 31 de marzo de 1845 fué derribada por una crecida.

el amor el que le ha trastornado algo, y espero que con la boda se mejorará. Si no, sería para mí una preocupación emparentar con un loco, y no estaría tranquilo pensando en la descendencia, que siempre hereda los males de los padres. Quiero dar mi bendición paterna a este matrimonio y os permito que os beséis como novios.

Así lo hicieron, y antes de que la sopa se enfriase quedó formalizada la petición de mano. Algunas semanas después, la consejera Heerbrand, como se lo imaginara hacía mucho tiempo, estaba sentada en la terraza de una linda casa de la plaza, mirando, sonriente, a los elegantes que pasaban por allí, y que, dirigiéndole sus impertinentes, decían: “La verdad es que la mujer del consejero Heerbrand está muy bien...”

DUODÉCIMA VELADA

NOTICIAS DE LA FINCA QUE RECIBIÓ ANSELMO COMO YERNO DEL ARCHIVO RO LINDHORST, Y DE CÓMO VIVÍA EN ELLA CON SERPENTINA—FIN

Mucho me alegraría poder expresar la gran satisfacción del estudiante Anselmo, que, unido íntimamente con la hermosa Serpentina, se trasladó al reino maravilloso y oculto que consideraba su patria y en el que hacía mucho tiempo anhelaba penetrar. Pero sería imposible, querido lector, darte idea exacta de las maravillas que rodeaban a Anselmo; las palabras son pálidas para expresar las. Me siento preso en la pobreza y pequeñez de la vida diaria, vago como un sonámbulo; en una palabra, estoy en la misma situación en que estaba el estudiante cuando te hablé de él en la tercera velada.

Mucho me he afligido cuando, terminada Felizmente la undécima velada, la leí de nuevo, y pensé que necesitaba escribir la duodécima como final, pues cada vez que por la noche me disponía a trabajar parecíame que unos duendecillos pérfidos—quizá parientes de la bruja muerta— me colocaban delante una plancha de metal bruñido, en el que veía reflejada mi propia imagen, pálida, desencajada por la mala noche, melancólica como la del registrador Heerbrand después del ponche famoso. Solía dejar la pluma y marcharme a la cama, para por lo menos soñar con el feliz Anselmo y la bella Serpentina. Esto duró varias noches, cuando al fin, y sin esperarlo, recibí una carta del archivero Lindhorst, en la que me decía lo siguiente:

“Caballero: Sé perfectamente que en la undécima velada ha descrito la suerte de mi yerno, el en un tiempo estudiante y hoy poeta Anselmo, lamentándose sobre ella, y que ahora ha tratado en la duodécima de decir algo de su vida feliz en Atlantis donde se trasladó con mi hija, instalándose en la posesión que tengo allí. Aunque no veo de

buen grado que comunique a los lectores mi verdadera personalidad, pues ello podría acarrearle algunas contrariedades como archivero, llegándose a discutir en el Colegio la cuestión de si una salamandra está capacitada para desempeñar servicios del Estado bajo juramento, y, sobre todo, hasta qué punto se le pueden confiar negocios importantes, pues, según Gabalis y Swedenborg²⁰, no se debe confiar en los espíritus...; a pesar de que ahora mis amigos me huirán, creyendo que en un momento de furor puedo comenzar a echar chispas y quemarles sus pelucas o su levita dominguera. . .; a pesar de todo esto, quiero serle útil en la terminación de su obra, que contiene muchas cosas agradables para mí y para mi hija casada —ya quisiera yo que las otras dos estuvieran tan bien colocadas—. Si quiere usted, pues, escribir la duodécima velada, baje sus condenados cinco pisos, abandone su cuartito y venga a mi casa. En el cuarto azul de las palmeras, que ya conoce, encontrará los materiales para escribir, y con pocas palabras podrá comunicar a los lectores lo que vea, que siempre les servirá de más que una larga relación de una vida que sólo de oídas conoce usted. Con todo respeto se despide su afectísimo,

LA SALAMANDRA LINDHORST,

pro tempore, Real archivero particular.”

Esta carta del archivero Lindhorst, amable, aunque algo áspera, me agradó mucho. Al parecer, era seguro que el maravilloso viejo estaba enterado del modo como llegó a mi noticia la suena de su yerno, el cual, por haber prometido el más absoluto silencio, a ti mismo, querido lector, te he ocultado, y no lo tomó tan mal como era de temer. Me ofrecía su ayuda para terminar la obra, y por ello podía deducir con fundamento que en el fondo estaba conforme con que se diese a conocer por medio de la imprenta su extraña existencia en el mundo de los espíritus. Es posible, pensaba yo, que abrigue la esperanza de que así será más fácil que las dos hijas que le quedan encuentren marido, pues quizá una chispa prenda en algún joven, despertando en él el anhelo por la serpiente verde, a la cual luego buscaría bajo el saúco en el día de la Ascensión. En cuanto a la desgracia ocurrida a Anselmo cuando fue encerrado en el frasco de cristal, le podría servir de aviso para librarse de la duda y de la incredulidad.

A las once en punto apagué mi lámpara de trabajo y me dirigí a casa del archivero Lindhorst, que me estaba esperando en el vestíbulo.

²⁰ El protagonista de un libro cabalístico, *Le comie de Gabalis, ou Entretien sur les sciences occultes*, par N. de Monlauron, abbé de Villars, publicado en París en 1670, en Amsterdam en 1715 y en Londres el 1742.

Swedenborg, teósofo (1688-1772) que aseguraba haber tenido visiones y revelaciones de los espíritus y fue el fundador de un nacionalismo fantástico.

—Ya está usted aquí, caballero... Me alegro mucho de que haya comprendido mi buena intención... Venga conmigo.

Y me guió a través del jardín, iluminado con luz cegadora, hasta el aposento azul celeste, en el que vi la mesa cubierta de color violeta en la que trabajó el estudiante. El archivero Lindhorst desapareció, volviendo a entrar a poco con una hermosa copa de oro, de la que brotaba una llama azul.

—Aquí le traigo —dijo— la bebida predilecta de su amigo el maestro de capilla Kreisler. Es arrak quemado, al que he añadido un poco de azúcar. Saboree un poco. Voy a quitarme la bata, y por gusto, y para gozar de su compañía mientras está usted ahí sentado escribiendo, subiré y bajaré a la copa.

—Si lo hace por gusto, muy bien, señor archivero —repuse yo—; pero si es para que yo disfrute de la bebida, no se moleste.

—No se preocupe, mi buen amigo—exclamó el archivero al tiempo que se quitaba la bata.

Y con gran asombro mío subióse a la copa y desapareció entre las llamas. Sin ningún miedo, y apartando las llamas, tomó la bebida, que estaba sabrosísima

.... ..

¿No se mueven con rumor suave las hojas color esmeralda de las palmeras como acariciadas por el hálito del viento de la mañana? Despiertan de su sueño, se alzan, y tiemblan y susurran, secretamente hablando de las maravillas que como de lejos anuncian misteriosos sonidos de arpa. El azul se separa de las paredes, y como aromática niebla se cierne arriba y abajo, y de entre ella salen rayos cegadores que como en una atmósfera gloriosa se retuercen, se ele van y van de un lado para otro, subiendo a lo más alto de la inconmensurable bóveda que cubre las palme ras. Los rayos se hacen cada vez más cegadores, hasta que en medio del resplandor del sol descúbrese un bosque inmenso, en el que veo a Anselmo. Magníficos jacintos y tulipanes y rosas levantan sus lindas cabezas; su aroma dice en tono amable al dichoso: “Pasea por entre nosotros, querido, puesto que tú nos comprendes. . . Nuestro aroma es el anhelo del amor. . .; te amamos y somos tuyos para siempre.” Los dorados rayos murmuran al calentar: “Somos fuego encendido por el amor. El aroma es el anhelo, el fuego es el deseo, y nosotros vivimos en tu pecho, formamos parte de ti mismo.” Los oscuros matorrales. . ., los altos árboles susurran y murmuran: “Ven a nosotros, hombre feliz, amado nuestro. El fuego es el deseo, y esperanza nuestra fresca sombra; te arrullaremos con nuestro rumor, ya que tú nos entiendes, porque el amor

vive en tu pecho.” Las fuentes y los arroyos cantan y repiten: “Amado, no pases por junto a nosotros tan de prisa, mira nuestro cristal.... Tú imagen vive en nosotros, que somos constantes en nuestro amor, porque tú nos has comprendido.” Y los pajarillos pintarrajeados pitorrean y cantan: “Escúchanos, escúchanos: somos la alegría, el goce, el encanto del amor”

Anselmo, lleno de ansiedad, contempla el templo magnífico que se eleva en la lejanía. Sus artísticas columnas asemejan árboles, y sus capiteles y sus molduras, hojas de acanto, que forman hermosas decoraciones con adornos y figuras. Anselmo se dirige al templo; contempla con íntima alegría el mármol policromo, los peldaños maravillosamente veteados.

—No —dice como en el colmo del entusiasmo—, ya no está lejos.

Entonces, magníficamente ataviada y resplandeciente de belleza sale del templo Serpentina, con el puchero de oro en la mano, del cual brota un hermoso lirio. Su rostro lleva impresa una expresión inenarrable de arrobo y sus divinos ojos brillan con infinita ternura; sus miradas se dirigen a Anselmo, y le dice:

—Amado mío: el lirio ha abierto su cáliz, hemos llegado a la meta. ¿Habrá en el mundo una felicidad comparable con la nuestra?

Anselmo la abraza con apasionamiento...; los lirios irradian sus rayos de fuego. Los árboles y los arbustos agítanse con violencia..., los arroyos corren murmuradores..., en el aire escúchase un gorjeo jubiloso...; en el agua..., en la tierra se celebra la fiesta del amor... Luego, de entre los arbustos, brotan relámpagos luminosos...; de los ojos ardientes de la tierra brotan diamantes...; de las fuentes, manantiales saltarines...; aromas embriagadores embalsaman el aire...: son los espíritus, que rinden homenaje al lirio y anuncian a Anselmo la felicidad.

Anselmo levanta la cabeza, como rodeado de un nimbo de sabiduría...¿Son miradas? . . . ¿Son palabras?...¿Es un cántico?... Distintamente oyese: “Serpentina la fe en ti, el amor, me han descubierto los profundos secretos de la Naturaleza...Me trajiste el lirio que nació del oro, de las entrañas de la tierra, aun antes de que Fósforo iluminase el pensamiento... El representa el conocimiento de la armonía de todos los seres, y en esta armonía vivo feliz desde aquel momento... Sí, yo, bien aventurado, he conocido lo más alto...; te he de amar eternamente, Serpentina querida..., nunca se marchitarán las doradas hojas del lirio, pues, lo mismo que la fe y el amor, es eterna la ciencia.”

... ..

La visión que trajo ante mí Anselmo en su hacienda de Atlantis débosela, ciertamente, a las artes de la salamandra; y lo asombroso fue que cuando aquélla se desvaneció como una niebla encontré todo el relato escrito en un papel, sobre la mesa cubierta de terciopelo violeta, sintiéndome al tiempo como dolorido y quebrantado.

¡Oh, Anselmol Dichoso tú, que has conseguido desprenderte de la carga de la vida vulgar y refugiarte en el amor de la hermosa Serpentina y vives feliz y alegre en tu posesión de Atlantis. Pero yo, pobre de mí..., pronto. ., dentro de unos minutos, habré salido de este magnífico salón, que no es, sin embargo, una finca en Atlantis y me veré en mi buhardilla, preocupado con las minucias de la vida miserable y con mi vista atraída por tantas desgracias que la rodean como de una niebla, que no me será posible ver nunca el lirio.

El archivero Lindhorst me tocó en el hombro con suavidad, diciéndome:

—Vamos, vamos, amigo mío, no se lamente de ese modo. ¿No ha estado usted hace un momento en Atlantis y no tiene usted allí una linda posesión en la poesía que llena su inteligencia? ¿Qué es la felicidad de Anselmo sino la vida en la poesía, la cual le ha hecho comprender la sagrada armonía de todos los seres, que constituye el secreto profundo de la Naturaleza?

[E. T. A Hoffmann](#), 1814

Recomendaciones:

[Emma](#) , [La abadía de Northanger](#), [Orgullo y Prejuicio](#) de Jane Austen

[Papá Goriot](#), [La Piel de Zapa](#), [Eugenia Grandet](#) de Honoré de Balzac

[La vida es sueño](#) de Pedro Calderón de la Barca

[La Cabaña Del Tío Tom](#) de Harriet Beecher Stowe

[Cumbres Borrascosas](#) de Emily Brontë

[Don Quijote de la Mancha](#), [Los Trabajos De Persiles Y Sigismunda](#) de Miguel de Cervantes

[Divina Comedia](#) de Dante Alighieri

[Robinson Crusoe](#) de Daniel Defoe

[Oliver Twist](#), [David Copperfield](#), [Historia De Dos Ciudades](#) de Charles Dickens

[L'Idiot](#), [Les Frères Karamazov](#), [Crimen y Castigo](#) de F. M. Dostoievski

[Los tres mosqueteros](#), [Veinte años después](#) de Alexandre Dumas

[La azucena roja](#), [La isla de los Pingüinos](#) de A. France

[El Gran Gatsby](#) de F. Scott Fitzgerald

[Trafalgar](#), [La corte de Carlos IV](#), [Doña Perfecta](#) de Benito Pérez Galdós

[Fausto](#), [Las penas del joven Werther](#) de Johann Wolfgang von Goethe

[El Capote](#), [La Nariz](#) de Nikolai Gogol

[La Letra Escarlata](#) de Nataniel Hawthorne

[Nuestra Señora de París](#), [Los Miserables](#) de Victor Hugo

[El proceso](#), [La metamorfosis](#) de Franz Kafka

[Martin Eden](#), [La llamada de la selva](#), [Colmillo Blanco](#) de Jack London

[Así habló Zaratustra](#), [El nacimiento de la tragedia](#) de Friedrich Wilhelm Nietzsche

[Moby Dick](#), [Bartleby, el escribiente](#) de Herman Melville

[Eugenio Onegin](#), [La Dama De Picas](#), [Boris Godunov](#) de Aleksandr Pushkin

[Seis personajes en busca de autor](#) de L. Pirandello

[Cábalas Y Amor](#), [Guillermo Tell](#) de Friedrich Schiller

[Quintin Durward](#) de Walter Scott

[Otelo, el moro de Venecia](#), [El Rey Lear](#), [Hamlet](#) de William Shakespeare

[La isla del tesoro](#) de Robert Louis Stevenson

[Padres e hijos](#), [Nido de hidalgos](#), [Relatos de un cazador](#) de I. Turguénev

[Pepita Jiménez](#) , [Las ilusiones del doctor Faustino](#) de Juan Valera

[El perro del hortelano](#), [La discreta enamorada](#), [Fuenteovejuna](#) Lope de Vega

[Un Capitan De Quince Años](#) de Julio Verne

[El retrato de Dorian Gray](#) de Oscar Wilde

[Novela de ajedrez](#) , [Carta de una Desconocida](#) , [24 horas en la vida de una mujer](#) de Stefan Zweig